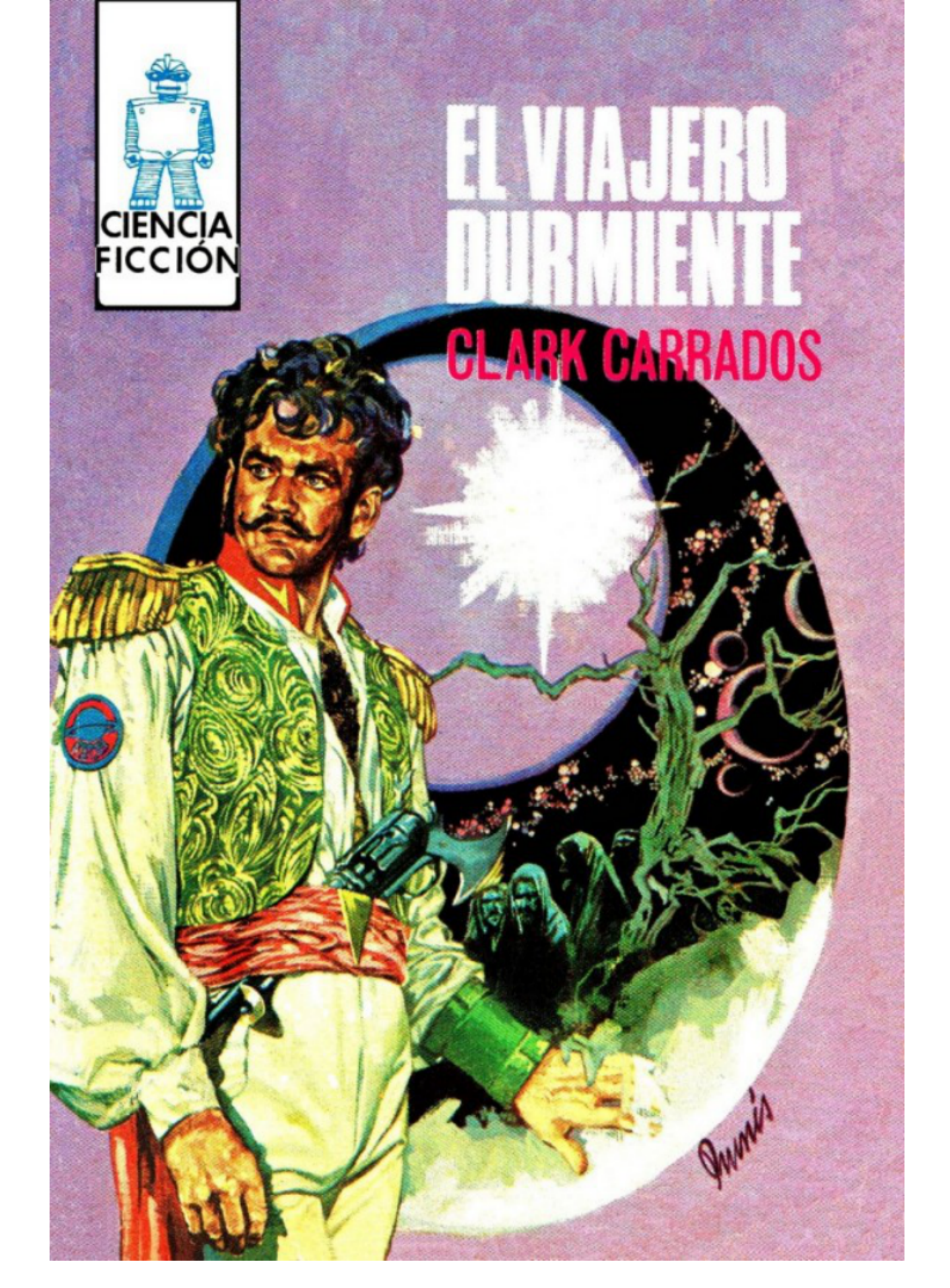

CIENCIA
FICCIÓN
EL VIAJERO
DURMIENTE
CLARK CARRADOS

CLARK CARRADOS

El viajero durmiente

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
Barcelona Buenos Aires

Portada: CARLOS PRUNÉS

Depósito Legal: B. 42.661 - 1970

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO I

A Edwin Colnart le parecía que estaba viviendo una pesadilla.

Continuamente se repetía una y otra vez que no era posible, que no podía ser, que era imposible que le sucediera a él… pero todo resultaba real y desagradablemente cierto.

Estaba despierto.

Y le juzgaban por homicidio.

—¡Pero si yo no quería matarlo! —exclamó de repente, sin darse cuenta de que expresaba sus pensamientos en voz alta.

Su exclamación interrumpió la poco convincente perorata del abogado defensor, quien, convencido de antemano de la culpabilidad de su cliente, se limitaba a pronunciar un discurso retórico, en el que había mucha paja y apenas grano.

Colnart adivinó su sentencia cuando vio que el juez bostezaba mientras el defensor seguía hablando. En cuanto al fiscal, en su mesa, parecía muy ocupado en descifrar un crucigrama.

—Eso es todo, Señoría —concluyó el abogado defensor.

El juez pareció cobrar un poco más de interés por la ceremonia que presidía.

—¿Nada más, señor defensor?

—Nada más, Señoría.

—Señor fiscal…

El fiscal dijo:

—Una palabra de siete letras… que significa vehículo de cuatro o más ruedas, movido por tracción eléctrica y circulando sobre rieles de… acero… destinado al transporte de personas…

—¡Tranvía! —contestó el juez.

—Sí, tranvía —confirmó el defensor alegremente.

—¡Vaya —el fiscal sonrió—, pues no lo sabía! Claro que como ahora no se usan esos artefactos… La verdad es que al autor del crucigrama no da muchas oportunidades a los lectores del periódico. Ah, pero estamos en un juicio.

—Sí, es cierto —declaró el juez.

—En efecto —corroboró el defensor con virtuoso acento.

—¿Decía algo su Señoría? —preguntó el fiscal.

—Decía que el defensor ha «dicho» que ya está todo «dicho» por su parte.

—Ah, y por la mía también, no faltaría más, Señoría.

El juez miró al acusado. Con los dos guardias que lo escoltaban, eran las únicas personas que ocupaban la sala de justicia.

—Voy a pronunciar sentencia. ¿Tiene el acusado algo que alegar?

—Lo he dicho mil veces —manifestó Colnart, muy fastidiado—. Yo no quería matar a aquel estúpido.

—Pero lo mató.

—Se mató él.

—Añada Señoría después de cada frase dirigida a mí —pidió el juez severamente.

—¡Y un cuerno!

—¿Cómo?

—¡Un cuerno! Con éste ya tiene dos su Señoría para que se fabrique un casco de vikingo —replicó Colnart exasperado.

El mazo del juez golpeó la mesa.

—Por falta de respeto al tribunal, le impongo la multa de sesenta denarios —anunció.

—Como si dijera seis millones, tanto da —masculló Colnart con indiferencia. Puesto que de todos modos le iban a condenar, ¿qué más daba multa más o menos?

—Está bien —dijo el juez—. Consultaré el Código para hallar la pena que le corresponde por su repugnante delito.

—Lástima que no pudiera pegarle a su Señoría otro empujón igual —replicó el acusado,

Esta vez, el juez no le hizo caso.

Estaba muy ocupado.

A la derecha del estrado tenía una pequeña computadora, en la que programó rápidamente una respuesta. A los pocos segundos, se oyeron una serie de «clics», luego un «crac» y, finalmente, un estruendoso «boum».

La máquina explotó y empezó a despedir humo. El juez abandonó el estrado a la carrera.

Colnart se echó a reír.

—¡Vaya un juez! Mira que necesitar consultar a una máquina —comentó en tono burlón.

El juez se recuperó. Uno de los guardias abrió las ventanas. Colnart pensó que se hallaban en un séptimo piso.

—Si hubiera sido una planta baja… —rezongó.

El humo se despejó. Recobrada la compostura, el juez regresó a su estrado.

—La máquina ha estallado, no por un defecto técnico, sino por que le he formulado una pregunta para la cual no estaba preparada —declaró—. Y como sin su ayuda el caso Colnart es irresoluble, yo, juez del mismo, declaro…

—En otros tiempos, estos casos tenían solución —dijo Colnart.

—¿Sí? —preguntaron a la vez el juez, el fiscal y el defensor.

—Sí. La sentencia era que un juez, un fiscal y un abogado defensor necios e incompetentes debían ser ahorcados y el acusado era puesto en libertad sin más dilación.

—Éstos son otros tiempos —alegó el juez—. Mi sentencia es: Cinco años de hibernación. Al cabo de ese tiempo, se verá nuevamente el caso.

—Suponiendo que hayan arreglado ese trasto —comentó Colnart en tono sarcástico—. ¡Hibernación! —gritó de pronto.

—Sí, hibernación —confirmó el juez.

—Pero eso… significa…

—Significa que, durante cinco años, el acusado va a estar dormido, en estado de animación suspendida; terminado ese período de tiempo, volverá a presentarse ante este tribunal para celebrar un nuevo juicio.

Colnart sintió que se le aflojaba la mandíbula inferior.

—Cinco… años… —gritó, consternado.

El mazo del juez golpeó la mesa.

—Ni un día menos, y se contarán a partir del momento en que

se inicie el tratamiento. ¡El juicio ha terminado! —rematé.

* * *

El hombre tenía unos sesenta años, era menudo, nervioso, de nariz ganchuda, ojos astutos y cráneo casi completamente pelado. Escupió por un colmillo y dijo:

—Te aseguro que no has tenido suerte, Edwin.

Colnart miró a su compañero de celda, en la cual aguardaba el momento de ser sometido a hibernación.

—¿Por qué dices eso, Mac? —preguntó—. Dormir cinco años, a fin de cuentas, no es tan malo… y puede que cuando despierte me hagan un juicio más decoroso.

Mac soltó una risita.

—Aunque eso fuera verdad, Ed. Ni lo sueñes —contestó.

—Oye, no irás a decirme que es una sentencia de muerte disfrazada, ¿verdad?

—No, hombre, no, efectivamente, te dormirán, pero…

—Pero ¿qué? ¡Habla de una vez, hombre! —pidió Colnart exasperado.

—¿Es cierto que mataste a un tipo, Ed?

—Bueno —rezongó Colnart—. Según se mire, Mac.

—¿Qué pasó, Ed?

—Estaba borracho perdido y empezó a molestarnos a mí y a la chica que me acompañaba. Yo perdí los estribos, le pegué un empujón y…

—Cayó al suelo y se desnucó.

—Sí —admitió Colnart de mala gana.

—Se mire por donde se mire, eso es un homicidio, Ed —declaró Mac.

—Pero no intencionado. Yo no quería matarlo. Sólo le di un empujón.

—El caso es que el tipo la «diñó», ¿no?

—Hombre, si lo miras así…

—No tiene otro punto de vista con la actual legislación, Ed —manifestó el otro—. Mi sentencia será más suave, por supuesto; unos años de reeducación… que me servirán para entrenar mejor los dedos.

Mac soltó una risita. Colnart le contempló extrañado.

—¿Qué hiciste tú, Mac? —preguntó,

—Lo mismo que vengo haciendo toda la vida. —Mac movió la mano gráficamente—. «Afanar», Ed.

—Robar —puntualizó Colnart.

—Justamente, Ed. Pero hablemos de tu hibernación. No dejes que te la hagan… del todo.

Colnart continuaba sin entenderlo del todo.

—¿Qué tratas de decirme, Mac?

—He visto unos cuantos hibernados, Los convierten en vegetales vivientes —dijo el ladrón.

Colnart pegó un salto en su litera.

—¿Cómo dices?

—Verás, en los circuitos de los mecanismos de hibernación, hay uno conectado directamente al cerebro por electrodos. Durante cinco años, una cinta magnética estará repitiendo sin descanso la misma grabación y esa grabación quedará, eterna e imborrablemente fijada en tu subconsciente. Y entonces te pondrán en libertad y quedarás como mi amigo Dick Wayne.

—¿Qué le pasa a tu amigo Dick?

—Lo condenaron a cinco años de hibernación, por apalear a un tipo que molestaba a su mujer. Claro que el tipo estuvo a punto de morir, pero se lo merecía…

—Al grano, al grano —masculló Colnart—. ¿Qué es lo que dice ahora tu amigo?

—Pues mi amigo no dice más que: Bu… bu… gu… gu… Ajg… bu… bu… Y cuando es hora de comer, le dicen: «Abre la boca», y la abre y le meten la cuchara llena dentro y… bueno, para eso, más valdría que le hubiesen pegado cuatro tiros.

Colnart se sentía horrorizado. En su fuero interno, sabía que Mac decía la verdad.

—¿Y… y no hay manera de evitarlo?

—Sí, una —contestó Mac.

—Dime cuál —rogó Colnart con avidez.

Mac le entregó un trozo de acero, que no era sino media cuchilla de afeitar, partida en dos longitudinalmente.

—Escóndelo entre los dedos de la mano derecha. Cuando te tiendan en la caja de hibernación, cuenta cuatro cables de los que

tendrás a tu costado derecho. Cuatro, ¿estamos?, contando de derecha a izquierda. Corta el cuarto, ningún otro, porque entonces el proceso de hibernación fallaría y lo mismo podrías morir que empezar de nuevo y entonces averiguarían la causa del fallo.

—No fallaré —aseguró Colnart.

—El cable es muy delgado. Podrás hacerlo bien —afirmó el ladrón—. El aislante es muy fino y dentro sólo hay cinco hilos de cobre trenzados, de modo que no te costará mucho cortar el cable.

Colnart contempló el trozo de cuchilla.

—El cuarto cable, contando de derecha a izquierda —repitió maquinalmente.

—Ni uno más —insistió Mac.

Colnart le dirigió una mirada penetrante.

—Oye, Mac, ¿cómo es posible que tú sepas…?

El ladrón soltó una risita.

—Pertenezco a un mundo tal vez en extinción, pero donde se saben más cosas que las que están guardadas en el Archivo Mundial —contestó—. Entre nosotros, los del hampa, hay de todo y, naturalmente, no podía faltar un experto en máquinas de hibernación.

CAPÍTULO II

—¡Alto!

La voz resonó claramente imperativa. Los operarios suspendieron sus trabajos.

Vynia de Vraay consultó las pantallas del aparato de control que tenía ante sí. Su brazo derecho, desnudo, de piel de color canela, estaba levantado en un gesto autoritario.

—Sigan, pero con muchísimo cuidado —indicó, pasados unos minutos—. Acabo de detectar síntomas de vida.

Los operarios reanudaron el trabajo, manejando con sumo cuidado las perforadoras. De pronto, uno de ellos sintió que el trépano se hundía de golpe en la tierra.

—Creo que ya he dado con la oquedad, doctora —anunció.

Vynia se puso en pie.

Era una joven de elevada estatura, con un cuerpo de contornos clásicos, netamente femenino, ojos verdosos y pelo pajizo, que contrastaba agradablemente con su piel de color canela claro.

El viento agitó sus ropajes.

—Sigan perforando y dejen que el aire renueve el interior de la caverna durante algunos minutos —ordenó.

—Sí, doctora.

Vynia se arregló maquinalmente la parte superior de su vestido sin mangas, de falda cortísima, ceñido a su esbelto talle por un ancho cinturón dorado, con hebilla del mismo metal. Los operarios continuaban su tarea sin descuidar las precauciones.

Una vez más, los ojos de Vynia contemplaron los instrumentos de detección.

Los «latidos» del osciloscopio señalaban vida humana. ¿Quién era el misterioso ser sepultado en la caverna?

Transcurrieron treinta minutos.

—Ya hay espacio suficiente, doctora —dijo el jefe de los operarios.

Vynia se acercó a la abertura, un orificio circular, de un metro de anchura, y miró hacia adentro.

—Hay poca luz —dijo—. Es preciso instalar un sistema de iluminación.

—Sí, doctora.

Los operarios actuaron rápida y eficientemente. A fin de prevenir posibles infecciones, Vynia les ordenó colocarse máscaras antisépticas, y ella misma dio el ejemplo.

Momentos después, Vynia penetraba en una gran oquedad, de techo plano, sustentado por columnas laterales. Parte de la oquedad se había derrumbado y los escombros habían cubierto algunos de los ataúdes que se veían bajo la bóveda.

Había un centenar, aproximadamente, todos ellos de una sustancia semejante al cristal y con su misma transparencia, situados sobre sendos pedestales lisos, que daban la sensación de ser simples prolongaciones de los sarcófagos.

Los ataúdes estaban ocupados por una sustancia pardusca, sin forma, como polvo, entre la que, a veces, se divisaban unas manchitas blanquecinas. Vynia adivinó que eran los restos de la persona que había ocupado el féretro mucho tiempo antes, de cuyo cuerpo sólo quedaban las cenizas y algunos huesecillos.

Pero había un ataúd en el que se veía un ser humano intacto.

Vynia lo contempló con infinita emoción.

Tratábase de un hombre joven, de figura apuesta y pelo negro. Parecía dormido.

Vynia situó un osciloscopio portátil sobre la tapa del féretro. A los pocos momentos, se percibió un «pip» y se vio un destello.

Contó el tiempo: noventa segundos.

—Un latido cada minuto y medio —dijo.

Cuarenta latidos por hora.

—¿Está vivo, doctora? —preguntó el jefe de los operarios.

—Sí, Rohr —replicó Vynia.

—Imagino que ahora su interés se centrará en reanimarlo.

—En efecto, así es.
—¿Lo conseguirá?
La mirada de Vynia se paseó por el interior de la estancia.
—Por ahora parece que el proceso de hibernación continúa de forma satisfactoria —manifestó—. De todas formas, antes de hacer nada, es conveniente que vengan los expertos y que estudien los mecanismos que han mantenido durmiendo tanto tiempo a este hombre.
—Una medida muy sensata, doctora —aprobó Rohr.
—Por tanto, es preciso ponerse en contacto con el Centro de Mecánica Superior. Llame a su director y pídale que venga uno de sus mejores especialistas. Una vez se conozca bien la maquinaria, yo me encargaré del resto.
—Sí, doctora.

* * *

Edwin Colnart abrió los ojos.
Paseó la mirada por la estancia. Se dio cuenta vagamente de que estaba en una cama, pero, se dijo, era lo natural al despertarse después de cinco años de sueño profundo.
La habitación era de colores suaves y tenía un ventanal de forma circular, que ocupaba una de las paredes casi por completo. Unas cortinas semitransparentes filtraban la luz de un modo agradable para la vista.
Colnart se sentía envarado y torpe de cuerpo, pero bastante lúcido de mente.
—Conque aquel viejo ladrón de Mac tenía razón —pensó.
Una extraña y grata sensación envolvió su cuerpo.
De nuevo estaba despierto. Pero ¿reanudarían el juicio?
Según le había dicho Mac, a los hibernados les dejaban libres después de haberlos despertado. Lo mejor sería, pensó, desempeñar el papel de vegetal viviente.
—Después, ya veremos —se dijo mentalmente.
Un trozo de la pared se descorrió de pronto en silencio y una esbelta joven entró en la habitación, portadora de una bandejita, en la que se veía un vaso que contenía un líquido rosado.
La mujer era muy guapa y sonreía afablemente.

—Soy la doctora Vynia de Vraay —se presentó.
—Gu —dijo Colnart.
—¿Cómo? —preguntó Vynia cortésmente.
—Bu… bu… Ajggg…
Vynia movió la cabeza.
—Torpeza en los músculos del aparato de fonación —diagnosticó—. Es lógico, después de pasar tanto tiempo hibernado.
—Gu —dijo Colnart otra vez.
Vynia se inclinó hacia él.
—Beba, le conviene —sonrió.
Colnart permaneció quieto. Vynia dijo:
—Abra la boca. Tiene que beber.
—Ah… Gu.
Colnart bebió el líquido. Era ligeramente dulce y refrescante. Pero también enviaba un grato calor a las venas.
—Ahora dormirá diez o doce horas —dijo Vynia—. Le conviene. Después hablaremos.
—Bu… bu… —Colnart guardó astutamente para sí el «eno» que hubiese completado la palabra de un modo comprometedor.
El fuego se transformó en laxitud. Momentos después, sintió que se dormía.
Pero era un sueño muy distinto del que había sentido cinco años atrás, un sueño dulce y sedante, «Cinco años que se han pasado en un soplo», pensó agradablemente antes de dormirse.
Unas voces que sonaban en la habitación le despertaron.
—Es increíble —dijo un hombre.
—Sí, resulta tanto más sorprendente cuanto que los demás estaban todos muertos —dijo Vynia.
—¿Ha intentado comunicarse con él, doctora?
—Cuando despertó, sentía una gran torpeza en los músculos de la lengua y faringe. Pronto recobrará el uso normal de la palabra, espero.
—Yo también, doctora. Por favor, avíseme apenas tenga noticias más concretas.
—Así lo haré, Honorable.
El hombre se marchó. Colnart abrió los ojos.
—Hola —saludó Vynia.
——Gu —dijo Colnart obstinadamente.

—¿No puede hablar aún? —preguntó ella.

—Bu… bu…

—A ver, vamos a examinar esa garganta…

Vynia se puso una lámpara frontal y tomó una espátula metálica.

—Abra la boca —ordenó.

Colnart obedeció. Momentos después, Vynia, desconcertada, decía:

—Es curioso. Todo aparece en estado perfectamente normal y, sin embargo, no puede articular las palabras.

—Agjjj… —tartajeó el paciente.

Vynia estaba muy preocupada. Pensativamente, sin darse cuenta de que lo hacía en voz alta, habló para sí:

—Claro que después de mil quinientos años…

Colnart pegó un tremendo salto en la cama.

—¡Qué! —aulló—. ¿Ha dicho mil quinientos años, doctora?

Vynia le miró con ojos de sorpresa. Luego, alegremente, exclamó:

—¡Es maravilloso! ¡Puede hablar con toda normalidad!

—Claro que puedo hablar —confirmó Colnart de no muy buen humor, por haberse delatado a si mismo—. Pero usted ha dicho mil quinientos años, doctora, si yo no he oído mal.

—En efecto —confirmó Vynia, sonriendo—. Estamos en el año tres mil quinientos cuarenta y cuatro.

* * *

Colnart se sentía anonadado.

Sin embargo, podía caminar, aunque sus músculos estaban todavía un poco entumecidos.

—¡Dios mío! —murmuró—. A mí me hibernaron en el año dos mil treinta y nueve…

—Y desde entonces, exactamente, han transcurrido mil quinientos cinco —puntualizó Vynia.

—Quince siglos durmiendo —Colnart se llevó las manos a la cabeza—. Pero no entiendo cómo ha podido suceder una cosa semejante. Mi sentencia era solamente de cinco años de hibernación…

—¿Sentencia? —dijo Vynia, extrañada—. Eso significa que la hibernación no fue voluntaria.

—A buena hora me iba yo a someter a hibernación por mi propia voluntad —contestó Colnart—. Me obligaron a ello, doctora.

—¿Podían hacerlo?

—Ya lo creo que podían, y muchas más cosas todavía… Pero lo que no entiendo es cómo he podido aguantar mil quinientos años metido en ese cajón.

—Bien, había un par de cientos de personas hibernadas en la caverna —explicó Vynia—. Un cerebro electrónico, alimentado por una pila de duración indefinida, regía las actividades corporales de cada persona hibernada, proporcionándole la cantidad de alimento suficiente, por vía venosa, para que no perdiese fuerzas, y también oxígeno, naturalmente. Pero, de pronto, por una causa que ignoramos, murió uno de los hibernados.

—Algún fallo —apuntó Colnart.

—Es muy posible, fallo personal, o fallo de la máquina. Como sea, su ración de alimentos y de oxígeno, escasísimas ambas en cantidad, por supuesto, hubo de repartirse entre ciento noventa y nueve hibernados. Naturalmente, lo hizo el cerebro electrónico encargado de mantenerles en hibernación. Y cuando se produjo el segundo fallecimiento…

—Hubo dos raciones a repartir.

—Justamente. Yo opino que, en la mayoría de los casos, el tiempo hibernado era excesivo y no pudieron resistirlo.

—Por lo visto, yo sí —dijo Colnart.

Vynia sonrió.

—Tenerle aquí es la mejor prueba de su fortaleza física, Edwin Colnart —contestó—. Como puede comprender, toda la ración de alimentos y de oxígeno fue para usted, lo que le permitió sobrevivir durante quince siglos.

—Lo que me pregunto es cómo supo la máquina que debía alimentarme —dijo él, perplejo.

—La respuesta es sencilla: esa máquina tenía un centro de control y distribución. En ese centro se registraban las actividades corporales de cada hibernado: pulso, respiración, temperatura, etcétera. Cuando uno de ellos moría, la máquina «sabía» que debía dejar de suministrar alimento y oxígeno a un cadáver.

—Lo comprendo —replicó Colnart—. Es decir que ahora yo tengo… contando mi edad en el momento de la hibernación… mil quinientos treinta y cuatro años.

—Sí —concordó Vynia—, pero por mucho que lo crea, no está repuesto del todo y debe continuar descansando antes de que se le permita una vida normal.

Vynia le entregó un vaso lleno de aquel licor rosado, de tan agradable sabor. Colnart lo bebió y, poco después, dormía profundamente.

CAPÍTULO III

Doce horas más tarde, dos hombres entraron en la habitación donde reposaba el paciente.

Ambos eran de mediana edad y vestían de una forma un tanto extraña: pantalones ajustados, de tejido plateado, y blusa de manga corta, cerrada, no obstante, por el cuello.

Uno de los dos llevaba una rara insignia en el lado izquierdo del pecho: un círculo de metal, con dos brazos en zigzag, a modo de rayos, de color rojo fuego, cruzándose en aspa. El círculo era negro, con bordes dorados.

—Soy Sradon-N-1 —se presentó el hombre de la insignia—. Éste es Touckf-B-7, mi ayudante.

—Encantado, caballeros —contestó Colnart—. ¿Puedo servirles en algo?

—Sí, necesitamos hacerle unas preguntas —respondió Sradon. Se volvió hacia su acompañante—. Cuando guste, Touckf.

—Sí, señor.

Touckf llevaba colgado del hombro izquierdo un aparatito de forma oblonga, en el que manipuló unos instantes. Apretó un botón y se encendió una luz roja. Colnart sospechó que se trataba de un magnetófono portátil.

—¿Su nombre? —preguntó Touckf.

—Colnart, Edwin Gerard —respondió el paciente.

—¿Edad?

—¿Actual o la que tenía en el momento de ser hibernado?

—La segunda.

—Veintinueve años.

—¿Estado?
—Soltero.
—¿Profesión?
—Dibujante.
—Artista —intervino Sradon.
—Más o menos —replicó Colnart sonriendo.
Sradon hizo una seña con la mano.
—Sigue, Touckf.
El ayudante hizo otra pregunta:
—¿Hibernación voluntaria?
—Forzosa.
—¿Motivos?
Colnart vaciló.
—Diga los motivos —exigió Sradon.
—¿Es necesario, señor? —preguntó el paciente quejumbrosamente.
—Sí.
Colnart no dejó de captar la nota de severidad que latía en el acento de Sradon.
—¿Es usted un juez? —inquirió.
—Así podría definirse mi cargo —repuso Sradon—. Conteste a la pregunta de mi ayudante. ¿Por qué lo hibernaron?
—Me acusaron de homicidio —contestó Colnart de mala gana.
Sradon y Touckf se estremecieron.
—¡Homicidio! —exclamaron al unísono.
—¡Pero yo lo no maté, estrictamente hablando! —protestó Colnart.
—¿Qué le hizo?—'inquirió Touckf.
—Le di un empujón. Cayó hacia atrás y se desnucó. Mi intención no era matarlo…
—Pero el individuo murió a consecuencia de su acción —alegó Sradon.
—Hombre… —rezongó Colnart.
Sradon se volvió hacia su ayudante.
—¿Has tomado nota de todo lo que ha dicho el paciente? —preguntó.
—Sí, desde luego.
—Está bien. Será preciso avisar a la Rectoría Temporal. Deben

enviar un especialista para que examinen a Edwin Colnart.

—Me ocuparé de ello personalmente —aseguró Touckf.

—Oiga, Sradon, ¿qué es eso de la Rectoría…? —quiso saber Colnart.

Pero su pregunta, aparte de no ser completada, careció de respuesta.

Sin pronunciar una palabra más, Sradon-A-1 y Touckf-B-7 salieron de la habitación, dejando a un paciente entregado a los más negros presentimientos.

* * *

Vynia de Vraay entró ataviada de un modo encantador, pero Colnart estaba tan preocupado, que apenas si se fijó en la indumentaria de la joven doctora. Ella se cubría con dos bandas de tela cruzadas y sujetas por detrás del cuello. Un par de pantalones cortísimos, que permitían ver las piernas, largas y torneadas, completaban los escasos ropajes de Vynia.

La joven sujetaba con dos dedos un pequeño objeto metálico, que enseñó a Colnart.

—¿Qué es esto, Edwin? —preguntó.

Colnart reconoció el trozo de cuchilla que le entregara un viejo ladrón mil quinientos años antes.

—Sirvió para cortar uno de los cables de mi ataúd hibernador —contestó de mala gana.

—¿Por qué? —exclamó Vynia, intrigada.

Colnart se lo explicó.

—Por eso le respondía yo a usted con sonidos inarticulados, para que creyeran que las grabaciones se habían incrustado en mi subconsciente, convirtiéndome en un vegetal viviente. Luego me habrían dejado suelto y… ¿Lo comprende ahora?

—Desde luego —sonrió la joven—. Aquéllos eran unos tiempos semisalvajes, a pesar de los grandes adelantos que ya había.

—No creo que fuese una época mucho peor que ésta —respondió Colnart desabridamente.

—¿Por qué dice eso?

—Han estado dos tipos y me han interrogado. Dijeron ser Sradon-A-1 y Touckf-B-7 —contestó el joven—. El primero declaró

ser una especie de juez o algo por el estilo y me interrogó por los motivos de mi hibernación.

—Es verdad —dijo Vynia—, Yo tampoco los conozco. Usted habló solamente de una sentencia, Edwin.

—La base de la sentencia fue un homicidio involuntario que yo cometí entonces —manifestó él de mala gana.

Vynia se estremeció.

—¡Un homicidio! —dijo.

—Sí, pero insisto en que yo no tuve la culpa. No me remuerde la conciencia en absoluto, doctora.

—Pero mató a una persona.

—¿Es que a veces no pasan cosas así en está época?

—No, Edwin.

—¡Caramba, sí que se puede decir que han eliminado el delito! —exclamó él, admirado—. ¿Cómo lo han conseguido?

—Educación, Edwin.

—Cualquiera diría que en mi época no éramos educados. Pero a veces se producen accidentes…

—También ahora, Edwin, aunque jamás se cometen acciones que den origen, directa o indirectamente, a la muerte de un ser humano.

—¡Qué suerte es vivir en el siglo XXXVI! —exclamó Colnart en tono sarcástico—. Oiga, doctora, los dos tipos que estuvieron aquí mencionaron algo que me dejó muy preocupado.

—¿Qué dijeron, Edwin?

—En primer lugar, llámeme Ed, como hacen todos mis amigos. Bueno, Sradon dijo que debían avisar a un especialista de la Rectoría Temporal. ¿Qué significa eso, doctora?

Los ojos de Vynia se abrieron desmesuradamente.

—¿Eso dijeron, Ed?

—Sí, doctora.

Vynia se mordió los labios.

—Lo siento, Ed —contestó.

Colnart empezó a sentir frío en la espalda.

—Pero, bueno, doctora, ¿es que no va a explicarme lo que quieren hacer conmigo? —exclamó, impaciente.

Vynia titubeó.

—Ya me sospechaba algo, aunque abrigaba la esperanza de que

no se les ocurriría recurrir a ese procedimiento —dijo al cabo—. Pero, Ed, los motivos de su hibernación son tan graves…

—¡Es que no se trató de un homicidio premeditado! Entonces habría sido calificado de asesinato, lo cual sería muy diferente. Además, él me provocó… Bueno, provocó a la chica que estaba conmigo y, al defenderla yo…

De repente, llamaron a la puerta.

* * *

Vynia tocó un resorte y parte de la pared se descorrió.

Un hombre entró en la estancia, portador de un maletín, que dejó sobre una mesita cercana.

—Soy Fahlingoort-Q-2, de la Rectoría Temporal —se presentó—. Pero pueden llamarme Goort, como hacen todos —añadió jovialmente.

Destapó el maletín y sacó un rollo de cables, con el que empezó a manipular de inmediato.

—¿Ése es el paciente, doctora? —preguntó.

—Sí —contestó Vynia.

—Ah, me parece un sujeto magnífico —declaró Fahlingoort—. Casi no era necesario enviarme a hacer este reconocimiento.

Los extremos de los cables fueron a parar al pecho de Colnart, en donde se quedaron sujetos por sendas tiras de tela adhesiva. Fahlingoort dio media vuelta a una llave en su maletín y estudió atentamente las indicaciones que se reflejaban en media docena de esferas graduadas.

Al cabo de cinco minutos, despegó los cables del pecho de Colnart y los enrolló. Cerró el maletín y miró sonriente a la pareja.

—Perfecto —calificó—. Un sujeto muy bien constituido físicamente.

—¿Para qué? —preguntó Colnart.

—¿Cómo para qué? —exclamó Fahlingoort—. Para hacer viajes en el tiempo, naturalmente. Bueno, yo ya he terminado aquí. Adiós, doctora.

—Adiós —musitó Vynia.

Fahlingoort abandonó la estancia. Vynia y Colnart quedaron nuevamente a solas.

—Doctora —llamó el paciente.

—Sí, Ed.

—Si no he oído mal, Fahlingoort habló de un viaje en el tiempo, ¿Qué significa eso?

Vynia lanzó un profundo suspiro.

—Significa, sencillamente, que van a devolverle a su época —contestó.

CAPÍTULO IV

Colnart se paseaba nerviosamente por su habitación.

Iba a volver de nuevo al siglo XXI. La perspectiva no le hada ninguna gracia.

Estimaba que ya había purgado su condena, por haber cometido un homicidio.

—Y la he purgado durmiendo nada menos que durante quince siglos —masculló.

Le hibernarían de nuevo, seguro.

—Pero ahora podría no tener tanta suerte y morir en la caverna de los hibernados —se dijo.

Estaba vestido con una especie de pijama de color gris muy claro, que consistía en una chaquetilla y pantalones cortos. Descalzo, se paseaba por el suelo cálido de la estancia, alfombrada en tonos sedantes.

—No, yo no vuelvo al siglo XXI, por mucho que se empeñen Sradon y toda su cuadrilla —se decidió al cabo.

Pero para evitarlo tendría que escapar del hospital. Y, ¿cómo salir a la calle con aquellos ropajes?

Se acercó a la ventana. Desde allí contempló un panorama de anchurosas avenidas, llenas de arbolado, por donde se veía pasear a la gente apaciblemente. Había aceras deslizantes y, de cuando en cuando, se veía en el cielo algún aparato volador de forma ahusada, sin alas, que Colnart suponía propulsado por algún sistema basado en la antigravedad.

Los edificios eran todos de uno o dos pisos, salvo algunos de construcción más elevada. Colnart pensó que se trataría de

ministerios o de algo por el estilo.

—Quizá uno de ellos sea la Rectoría Temporal —murmuró.

La puerta se abrió de repente.

Colnart se volvió. Dos hombres aparecieron ante él.

Ambos vestían de la misma manera que Sradon y Touckf, si bien sus ropajes eran de color azul claro. Eran jóvenes y de apuesta figura.

—Usted es Edwin Colnart —dijo uno de ellos.

—Sí.

—Tiene que acompañarnos, Colnart.

—¿A… la Rectoría Temporal?

—En efecto.

—Traemos la orden —dijo el otro joven, a la vez que sacaba un papel de un bolsillo—. Léala, se lo ruego.

Colnart tomó el papel y lo desdobló. Un gesto de sorpresa se dibujó inmediatamente en su cara, si bien se rehízo en el acto.

—Está bien —contestó, a la vez que se guardaba el documento en uno de los bolsillos del pijama—. Pero, ¿qué bicho es ése que hay arriba?

Los dos hombres miraron al techo.

Colnart actuó sin dilación. Golpeó con todas sus fuerzas una mandíbula y el afectado se desplomó instantáneamente. Era el que le había entregado la orden de traslado a la Rectoría Temporal.

Al otro, casi simultáneamente, le hundió el puño izquierdo en el estómago. Acto seguido, golpeó su nuca con el canto de la mano y el hombre se quedó sin sentido.

Colnart sonrió. Volvió a sacar el papel y releyó:

Escape. XXII Perspectiva, 810.

V. V.

—Buena chica —murmuró Colnart.

Se arrodilló junto a los caídos y registró al que le había entregado el mensaje de Vynia. En uno de sus bolsillos encontró el auténtico mandato de traslado, que dejó en el pijama.

Minutos después, se había puesto las ropas del joven. Vestido así, abandonó la estancia y se encaminó en busca de la salida del hospital.

* * *

Había unos elegantes postes indicadores en las intersecciones de las calles, A Colnart no le resultó demasiado difícil hallar la Perspectiva XXII. Una vez en ella, siguió por la acera deslizante, hasta que saltó a sus ojos el número 810.

Tratábase de una casa de una sola planta, con un pequeño jardín a su alrededor. Anochecía ya, y los ropajes que vestía le habían permitido moverse por las calles sin ser molestado.

Cruzó el jardín. La puerta se abrió antes de que pudiera llamar.

Vynia le dirigió una larga mirada.

—Entra —invitó, tuteándole.

Colnart cruzó el umbral, Vynia cerró y le señaló una mesa en medio de una sala decorada.

—Tendrás apetito —supongo.

—Figúrate —contestó él.

Vynia había corrido previamente las cortinas. Colnart se sentó ante la mesa. Conocía ya los manjares que se comían en el siglo XXXVI y, aunque los suponía muy artificiosos, si bien elaborados a base de sustancias naturales, sabía que tenían un gusto sumamente agradable al paladar.

—Gracias por la nota que me enviaste, Vynia —dijo minutos más tarde.

—Zahgren-Z-9 es un buen amigo —contestó ella.

—He observado una cosa, Vynia —manifestó Colnart.

—¿Sí? ¿De qué se trata, Ed?

—Todos usan una letra y una cifra a modo de apellido. Pero tú empleaste el apellido completo.

Vynia sonrió.

—Me gusta más así —explicó—. A pesar de todo, mi verdadero nombre es Vynia-V-2.

—Curiosa forma de apellidarse la gente en esta época.

—Convendrás conmigo en que resulta práctico, Ed.

—Sí, desde luego. —Colnart se reclinó en su silla—. Y ahora, Vynia, hablemos claro.

—Sí, Ed.

—Tú quieres impedir que yo vuelva a mi época.

—Estoy absolutamente dispuesta a ello. Lo impediré por todos los medios.

—Gracias, pero ¿podrás conseguirlo?

—Eso espero, Ed.

Colnart la miró de soslayo,

—¿Por qué lo haces? —preguntó.

—Tengo motivos para ello.

—¿Son explicables?

—Por ahora, no.

—Muy bien —suspiró Colnart—. No me explicas esos motivos…

—Los fundamentalmente particulares míos, no —puntualizó Vynia—. En cuanto a los que pudiéramos denominar generales, sí puedes saberlos.

—Ah, eso ya es otra cosa. ¿Cuáles son esos motivos, Vynia?

—Evitar, tal vez, una gran catástrofe.

Colnart pegó un respingo.

—No seas dramática, Vynia —masculló.

—Te aseguro que es la pura verdad —insistió ella—. Si volvieses a tu época, podría producirse una enorme catástrofe. Incluso este mundo actual podría desaparecer.

—Mujer, no me digas que mi vuelta haría estallar la Tierra.

—Yo me refería más bien a nuestra civilización y ambiente actuales, Ed.

—Ah, comprendo. Desapareceríais todos del mapa, ¿no es eso?

—Sí, Ed.

—¿Por qué?

Vynia no tuvo tiempo de contestar.

Un leve tañido musical se oyó de repente. Vynia se levantó y se acercó a la pared, en la que presionó un botón.

Inmediatamente, se encendió una pantalla de televisión de casi un metro de lado. El rostro de un hombre de cierta edad apareció en el vidrio deslustrado.

—¿Doctora?

—Sí, profesor —contestó Vynia.

—Usted estaba a cargo del hibernado reavivado —dijo el hombre.

—En efecto, profesor Wander.

—Ese hombre ha desaparecido, después de golpear a dos

enviados del Rector Temporal. Se sospecha que haya podido ir a su domicilio particular.

Vynia se echó a reír.

—¡Pero eso es absurdo, profesor! ¿Cómo va a saber desenvolverse solo en nuestra época un hombre nacido hace más de quince siglos?

—Doctora, los hombres del siglo XXI no eran tontos. Vigile, se lo recomiendo.

—De acuerdo, profesor. ¿Algo más?

—Eso es todo por ahora, doctora. Tenga cuidado, insisto.

—Gracias, profesor. Tendré en cuenta sus recomendaciones.

La comunicación se cortó. Vynia se volvió hacia Colnart.

—Estamos ante un grave problema —declaró.

—No provocado por mí, ciertamente.

—Pero sí eres la causa, aunque involuntaria, claro. A ver, déjame pensar un momento…

Vynia se paseó por la sala arriba y abajo varias veces, sumida en profundas reflexiones.

De pronto, Colnart divisó a través de la ventana un artefacto que acababa de detenerse en el borde del jardín. Varios hombres uniformados, con indumentaria semejante a la de Zahgren, desembarcaron del vehículo, que parecía bajado del cielo.

Colnart se puso en pie.

—Adiós, Vynia —dijo, a la vez que echaba a correr en busca de una salida posterior.

Ella le miró sorprendida, pero no tuvo tiempo de reaccionar. Antes de que pudiera decir algo, Colnart había desaparecido ya de su vista.

* * *

El Honorable Hoon Miwer estaba sumamente enojado.

—Se le confió a usted este caso, porque se creía en su competencia, doctora —dijo—. Pero ha resultado ser todo lo contrario.

—Me está llamando incompetente, Honorable —dijo Vynia sin pestañear.

—En efecto. Usted es la culpable de que nuestra situación pueda

desembocar en una catástrofe irreparable.

—¿Lo cree de veras así?

—Estamos persuadidos de ello, doctora.

—¿Puedo preguntarle, Honorable, de dónde ha salido esa aseveración? —dijo Vynia fríamente.

—Usted lo sabe bien, doctora. El informe llegó de la Rectoría Temporal tras haberse efectuado los estudios pertinentes.

—Ese informe, ¿estaba firmado por Dalnant-T-3?

—En efecto.

Vynia sonrió.

—En tal caso, no me extraña —dijo.

—¿Cómo que no le extraña? —se asombró Miwer.

—Dalnant-T-3 es un personaje histéricamente inclinado al pesimismo —calificó Vynia con rotundidad.

—¡Es el Rector Temporal!

—Es un hombre, Honorable, ¿O es que su cargo le hace invulnerable a los sentimientos humanos?

Miwer se pasó una mano por la cara.

—Dalnant no está en su puesto por casualidad —alegó.

—Ése es un punto que no discutiré, Honorable; lo que sí discutiré yo son sus cualidades actuales.

—Escuche, doctora; Dalnant ha hecho un estudio temporal, completísimo, de todas las épocas, desde el Primer Cataclismo hasta hoy. Sus conclusiones son irrefutables… y usted sabe que ha viajado por el tiempo en innumerables ocasiones y a lo largo de incontables años actuales, es decir de los nuestros.

—Sí, Honorable.

—En tal caso, ¿cómo dudar de su informe?

—Porque está basado en datos falsos.

Miwer se quedó con la boca abierta.

—¡Doctora!

—Estoy dispuesta a sostener lo que afirmo —declaró Vynia, imperturbable—. Naturalmente, pienso presentar las pruebas en el momento oportuno, pero para ello es preciso que se anule la orden de retrocesión de Edwin Colnart a su época.

—Me pide usted dos imposibles, doctora.

Vynia se puso pálida.

Inflexible, Miwer continuó:

—Primero, no se puede anular la orden de retrocesión de Colnart a su época. Segundo, el Círculo Supremo de Gobierno del planeta, que me honro en presidir, ha acordado destituir a usted de su cargo y reducirla al rango corriente de simple doctora en medicina.

Vynia se sentía anonadada.

—La decisión, tomada tras profundos estudios y no sin las discusiones pertinentes, es irrevocable y entra en vigor a partir de este momento —concluyó Miwer de modo tajante.

CAPÍTULO V

Colnart se asomó al jardín de la casa de Vynia, por la parte posterior, y oteó el panorama.

No había peligro, decidió al cabo. Salvó un seto ágilmente, cruzó el jardín y entró en la casa por la puerta trasera.

En mil quinientos años, pensó, las construcciones no habían variado gran cosa. Tal vez los materiales, ya que los que componían el edificio le resultaban desconocidos. Parecía hecho de grandes planchas de sustancia plástica, ensambladas después de prefabricadas, constituyendo probablemente un excelente aislamiento térmico, tanto en tiempo frío como en el caluroso… pero en aquel momento los estilos arquitectónicos del siglo xxxvi le tenían sin cuidado.

El edificio estaba en silencio. Se asomó a la sala y la encontró desierta.

Pero había más habitaciones. Era posible que Vynia estuviese durmiendo.

Abrió una puerta. La habitación, un dormitorio, estaba también vacía.

Siguió recorriendo la casa. Dos puertas más adelante, encontró una habitación ocupada.

Era otro dormitorio, aunque carecía de lecho. La mitad de la estancia se hallaba a cincuenta centímetros por encima del suelo. En realidad el pavimento se hallaba partido en dos niveles distintos. El nivel elevado estaba tapizado de color verde claro y era de suelo blando, con algunos cojines. Así eran los lechos en aquella época, pensó Colnart.

Había una chica durmiendo apaciblemente sobre el nivel elevado, con el largo cabello negro extendido como un abanico. Aparentaba unos veinticinco años y estaba vestida con un traje de una sola pieza que casi era un traje de baño, si bien cerrado por el cuello y con mangas muy cortas. El color de la prenda, que parecía ser la única que cubría su esbelto cuerpo, era rosa fuerte, casi rojo.

Ella presintió de pronto una presencia extraña en la habitación y abrió los ojos.

—Hola —saludó Colnart alegremente.

La chica se sentó en el lecho.

—¿Quién es usted? —preguntó, vivamente sorprendida.

—Ed Colnart, ciudadano del siglo xxi —se presentó el joven.

—¿Ha dicho siglo XXI? —exclamó ella.

—Justamente. ¿Cómo se llama usted?

—Marta Shadd y también nací en el siglo xxi, concretamente el año dos mil dieciséis.

—¡Caramba! —exclamó Colnart jovialmente—. Una paisana, qué alegría. De modo que el dos mil dieciséis, ¿eh?

—En efecto, señor Colnart.

—Llámeme Ed, Marta, como hacen todos. Yo nací en el dos mil diez, de modo que ahora tiene usted veinticuatro años… además de los mil quinientos que han transcurrido desde entonces. ¿También la hibernaron en el dos mil treinta y nueve?

—Sí, hacia finales del año…

—Pero en mi caverna murieron todos menos yo; al menos, eso es lo que me dijo la doctora Vynia de Vraay.

Marta se puso en pie.

—Mi hibernación tuvo lugar en otra caverna —contestó—. Y también soy la única superviviente.

—Eso lo explica todo… bueno, casi todo —dijo Colnart—. Marta, ¿por qué la hibernaron a usted?

—Estaba enferma. Padecía una dolencia incurable, Ed —contestó la chica, atusándose el pelo maquinalmente.

Colnart la contempló de pies a cabeza con mirada crítica.

—Pues no parece enferma de ningún modo —dijo.

—La doctora me ha curado después de despertarme de mi sueño de hibernación —explicó Marta

—Ah, vamos, usted se hibernó voluntariamente, para ver si en el

transcurso de un determinado período de tiempo se descubría el remedio para su enfermedad.

—Justamente, Ed.

—No cabe duda de que lo ha conseguido, aunque me imagino que no esperaba usted hibernar durante quince siglos, ¿verdad?

—Así es, aunque tampoco reparo en decir que no lo lamento, Ed.

Colnart sonrió.

—Estar con vida, cualquiera que sea la época, siempre resulta agradable —dijo—. Marta, ¿sabes dónde hay comida en esta casa? —la tuteó de repente.

—Si, Ed. Ven conmigo y te lo indicaré.

Marta abandonó el dormitorio y le condujo a una salita, una de cuyas paredes parecía una enorme máquina. Mientras manejaba algunos controles, dijo, por encima del hombro:

—La doctora me ha enseñado el manejo de la dispensadora de alimentos. Estos son otros tiempos, ¿eh?

—Sí, aunque, a decir verdad, el espíritu humano no ha cambiado demasiado. Marta, ¿también a ti quieren hacerte retroceder a tu época?

La joven se quedó inmóvil durante algunos instantes.

—¿No podríamos hacer algo para evitarlo, Ed? —preguntó sin mirarle siquiera.

—Eso me propongo, Marta —respondió Colnart.

* * *

La dispensadora de alimentos tenía un orificio rectangular, por el que Marta arrojó los platos y los cubiertos, que fueron enviados directamente al incinerador. Colnart se pasó la mano por el estómago, satisfecho de la comida.

—No demasiado sabrosa, pero llena la tripa —declaró.

De pronto se oyó un ruido en la entrada.

—Viene la doctora, no te alarmes, Ed —dijo Marta.

Sonaron unos pasos. De pronto, un hombre apareció ante la pareja.

—¡Zahgren! —dijo Colnart.

—Yo mismo —sonrió el aludido, aunque se veía la sorpresa en su cara—. Hola, Marta.

—Hola, Zah —contestó la chica, acortando el nombre del sujeto.

—¿Se conocían? —preguntó Colnart, sorprendido.

—Desde hace bastante tiempo —respondió Zahgren.

—Más de seis semanas —concretó Marta,

—Vaya una sorpresa —murmuró Colnart.

—La conozco desde que fue encontrada por la doctora en su sarcófago de hibernación —manifestó Zahgren.

—¡Hum! —dijo Colnart—. Eso me hace sospechar una cosa.

—Sí, es cierto —corroboró la propia Marta—. Vynia me ha tenido escondida en su casa y no ha comunicado a nadie mi existencia, salvo a Zahgren.

—Creo que empiezo a comprender. Tu descubrimiento, Marta, fue posterior al mío.

—Sí —confirmó la aludida.

Colnart se volvió hacia Zahgren.

—Entonces, ¿cuánto tiempo permanecí yo durmiendo después de ser hallado en la cámara de hibernación? —preguntó.

—Casi tres meses. Después de mil quinientos años, no se podía provocar un despertar repentino —explicó Zahgren.

—Comprendo. —Colnart sonrió—. Zah, tengo que pedirte perdón.

Zahgren se acarició la mandíbula.

—Aquí estamos desacostumbrados a esa clase de «ejercicios» —contestó—. Pero celebro que lo hicieras así; de este modo, yo he quedado libre de toda sospecha y he podido preparar sin dificultades todo lo necesario para llevar a cabo el plan de la doctora.

—¿Qué plan? —exclamó Colnart, arqueando las cejas.

—Explorar el futuro y demostrar que vuestro hallazgo no puede provocar una catástrofe, como aseguran en la Rectoría Temporal —respondió Zahgren.

* * *

Vynia entró en la casa y se detuvo sorprendida al ver a las tres personas charlando animadamente.

—Has vuelto, Ed —dijo.

—Aquí estoy, doctora —sonrió el joven.

—No me lo explico. ¿Cómo has podido vivir durante una semana larga, solo sin alimentos, sin alojamiento…?

Ed hizo un gesto con la cabeza.

—Vynia, olvidas que yo procedo de una época en que las cosas no estaban tan supermecanizadas como ahora, aunque también había lo suyo en cuanto a automatismo, Pero yo solía pasar mucho tiempo en el campo, en mis tiempos libres y, por supuesto, durante mis vacaciones. En suma, sé sobrevivir en un ambiente hostil.

—Esto es lo que nosotros ignoramos por completo —se lamentó Zahgren—. Todo nos lo han hecho, desde el nacimiento a la sepultura, y apenas tenemos más que tocar un botón para tener resueltas nuestras necesidades de alimentos y vestuario y, por supuesto, las sanitarias también. En esa dispensadora de alimentos hay un consultor médico, que diagnostica la enfermedad e indica el tratamiento a seguir, suministrando incluso los medicamentos y sus dosis adecuadas. Sólo en caso de enfermedad grave aconseja recurrir al médico.

—Eso está muy bien —aprobó Colnart—, pero también conviene saber vivir sobre el terreno, comiendo fruta silvestre y preparando trampas para la caza. Que es lo que he hecho durante estos nueve días.

—¿Has cazado? —preguntó Vynia en el colmo del asombro.

—Todos los días. Tengo la sensación de que el planeta está escasamente habitado. Hay grandes extensiones de terreno sin poblaciones…

—En la actualidad, somos unos trescientos millones de personas —dijo Zahgren.

—¡Qué barbaridad! —se sorprendió Colnart—. Cuando a mí me hibernaron, andábamos cerca de los ocho mil millones de seres humanos. Casi no se podía andar por ninguna parte sin tropezarte con alguien. ¿Acaso ocurrió una gran catástrofe?

—Sí, pero ya te la explicaré en otro momento —contestó Vynia —. Ahora tenemos algo más importante de qué hablar.

Colnart frunció el ceño, Vynia daba la sensación de estar muy deprimida.

—A ti te ocurre algo —adivinó.

—Es cierto —confirmó la joven—. Estaba a cargo de un caso, Ed, y me lo han quitado. También me han reducido al simple rango

de licenciada en medicina. Vamos, un vulgar médico, para que lo entiendas.

—¿Quién lo ha hecho? —preguntó Zahgren.

—¿Quién va a ser? —exclamó Vynia—. Tu jefe, Zah, aunque la decisión ha sido tomada por el presidente.

—No me extraña en absoluto —masculló Zahgren. Son un par de viejos fósiles, con el intelecto encallecido, e incapaces de adaptarse a las nuevas circunstancias.

Colnart soltó una risita.

—Vaya, también en esta época existe el conflicto entre generaciones —comentó irónicamente.

—Sí, pero en nuestro caso, puede tener graves consecuencias. A ti, Ed, si te atrapan, te enviarán de nuevo a tu época.

—¿Y yo? —preguntó Marta.

—Por ahora, ignoran tu existencia —respondió Vynia.

—Y vamos a mantenerla en secreto, siempre que sea posible —declaró Zahgren rotundamente.

—Muy bien —dijo Colnart—. Antes han hablado de un viaje al futuro. ¿Qué hay de ese asunto?

—¿Zah? —dijo Vynia.

—Por mi parte, todo está listo —respondió el aludido.

Vynia meditó un momento.

—Tendremos que ir los cuatro —dijo al cabo.

—¿Nosotros también? —respondió Colnart.

—Por supuesto.

—Pero yo… creí que nos esconderían en alguna parte y que luego volverían a buscamos…

—No podemos correr riesgos —d ijo Vynia.

—Y necesitamos de un hombre de tus cualidades y experiencia —agregó Zahgren.

—A mí no me importa hacer ese viaje —aseguró Marta.

—Tampoco a mí —dijo Colnart—, pero, Vynia, tú dijiste en cierta ocasión, que, motivos personales aparte, tenías otros para querer que yo permaneciese en esta época.

—Si demuestro que no se va a producir la catástrofe que pronostican tendré ocasión de realizar mi experimento —dijo Vynia.

—Sí, desde luego, pero ¿qué clase de experimento es?

Vynia dirigió una mirada oblicua a Marta. Luego se encaró con

el joven.

—Quiero comprobar si la hibernación de un hombre y una mujer durante mil quinientos años produce algún efecto en su descendencia —contestó.

CAPÍTULO VI

La Rectoría Temporal era un monumental edificio de forma cúbica, sin ventanas ni puertas en apariencia, pero Colnart estaba acostumbrándose ya a aquel género de construcciones, puesto que sabía que los huecos podían hacerse a voluntad transparentes u opacos según conviniera a los habitantes del edificio.

Zahgren les guió certera y rápidamente a través de largos corredores, completamente desiertos en aquellos momentos. De pronto, al llegar a un punto donde uno de los corredores se doblaba en ángulo recto, levantó una mano e hizo señas de que debían guardar silencio.

—¿Qué sucede? —cuchicheó Colnart.

—Al otro lado está la entrada de la sala de cronomóviles.

—Crono… ¿qué?

—Las máquinas de viajar por el tiempo —aclaró Vynia.

—Ah, ya. ¿Y qué es lo que pasa ahora?

—Hay un operador de guardia en la antecámara. No nos dejará pasar —dijo Zahgren.

—¿Está armado?

—Por supuesto que no —contestó Vynia, indignada—. No usamos armas.

—A veces resulta útil —dijo Colnart sentenciosamente—. Bien, dejen que yo me encargue del operador de guardia.

Asomó la cabeza. Lo único que vio fue una gran puerta de forma rectangular, de base más larga que su altura.

—¿Dónde está el operador? —preguntó.

—Al otro lado de la puerta, claro.

—¿Cómo se le puede llamar la atención?

Zahgren se asomó también.

—La puerta es opaca —dijo—. Venga conmigo.

Colnart corrió detrás de Zahgren, quien se situó en uno de los lados de la puerta. Zahgren miró al joven un instante y Colnart hizo un signo de asentimiento.

Zahgren puso la mano sobre un cuadrado de color anaranjado que había junto a la puerta. Segundos más tarde, se descorrió una mirilla.

—¿Quién es? —preguntó la voz.

—Zahgren-Z-9. Abre, Ghüix; traigo una misión de control urgente.

La puerta se deslizó a un lado. Colnart saltó hacia delante.

El operador se quedó paralizado por el asombro. Colnart no le dejó reponerse.

Sus puños castigaron el estómago del individuo en un uno —dos irresistible. Cuando Ghüix se inclinó hacia delante, Colnart remató la operación con un seco golpe de canto en su nuca.

—El terreno está despejado —anunció, satisfecho.

Las mujeres aparecieron de inmediato. Zahgren atravesó la antecámara, una pieza de regulares dimensiones, con algunos aparatos que parecían monitores de una emisora de televisión, y abrió una segunda puerta.

Otra estancia, de vastas dimensiones, apareció ante los ojos del cuarteto. Sin titubear un momento, Zahgren avanzó en línea recta hacia un extraño aparato de forma cúbica y aristas redondeadas, que se veía sobre un pedestal de poca altura y de área ligeramente superior a la de su base.

Las paredes del aparato eran transparentes y en su interior se divisaba un sillón de diseño no demasiado cómodo, situado delante de un cuadro de mandos. Detrás del sillón quedaba un espacio de unos dos metros cuadrados.

Zahgren entró en el aparato por una puerta situada en uno de los costados de la parte delantera. Las dos mujeres le siguieron a continuación y Colnart cerró la comitiva.

—Nosotros viajaremos de pie —dijo Vynia.

Colnart tragó saliva.

—¿Va… a ser muy largo el viaje?

—No, algunos minutos tan sólo —contestó Zahgren, mientras manipulaba en los controles del cronomóvil.

—Queremos ver lo que pasa en el siglo XLII, es decir, dentro de seiscientos años —explicó Vynia.

—¿Es así como piensan averiguar si nuestro despertar en este siglo producirá una gran catástrofe?

—Exactamente. Yendo al futuro lo sabremos.

—Nosotros opinamos que esa catástrofe no se producirá —añadió Zahgren—. Sólo son temores infundados de Miwer y Dalmant.

—O tal vez simples mentiras —siguió Vynia.

—Con algún objeto —sugirió Marta.

—Naturalmente. Así perpetúan el actual status quo.

—¿Y qué tiene de mala la actual situación? —quiso saber Colnart.

Vynia levantó la mano como imponiendo silencio. Asombrado, Colnart vio que las imágenes que se contemplaban a través de las paredes transparentes del aparato empezaban a hacerse borrosas.

De repente, todo desapareció en torno a los cuatro ocupantes del cronomóvil.

—¡Estamos viajando a través del tiempo! —anunció Zahgren.

* * *

El aparato parecía sumergido en la nada.

Una lechosa claridad envolvía al cronomóvil por todas partes, sin que se pudiera ver nada de lo que había a su alrededor. Tampoco se percibía el menor sonido.

Colnart echó un vistazo al cuadro de mandos y vio varias esferas en donde las cifras corrían vertiginosamente, pero a diferentes velocidades. Esto le hizo suponer que cada esfera correspondía a una distinta unidad de tiempo.

De repente, la claridad aumentó hasta transformarse en un violento resplandor. Los cuatro ocupantes se sintieron deslumbrados durante algunos momentos, hasta que sus pupilas se hubieron acostumbrado a la nueva luz.

Entonces, Colnart halló que se encontraban en una planicie de suelo herboso, por uno de cuyos lados corría un caudaloso río,

bordeado de frondoso arbolado. El sol brillaba con fuerza en las alturas.

—Hemos llegado al año cuatro mil ciento cuarenta y cuatro —anunció Zahgren.

Abrió la puerta y saltó al exterior. Los demás no tardaron en imitarle.

Vynia respiró profundamente.

—Es un aroma maravilloso —dijo complacida.

Olía a campo y a flores silvestres. Marta también se sentía bastante satisfecha.

—Podríamos explorar los alrededores —sugirió.

—No es mala idea —aprobó Zahgren—. ¿Quieres acompañarme?

—Encantada.

Colnart y la doctora quedaron solos.

—Vamos hacia el río —propuso Vynia.

—De acuerdo.

Caminaron juntos. Colnart dijo:

—Celebro que nos hayan dejado solos, Vynia. Quiero hacerte algunas preguntas.

—Como gustes, Ed —accedió ella—. ¿De qué se trata?

—En primer lugar, todavía no sé de qué se deriva vuestra actual civilización. ¿Cómo es posible que haya solamente unos trescientos millones de habitantes en el planeta, cuando en mi época superaban los ocho mil millones?

—Es que, precisamente a poco de que te hibernasen, se produjo una gran devastación en la Tierra y sólo se salvaron muy pocos; se cree que no pasarían de las dos o tres docenas en todos los continentes. Nosotros llamamos a esa catástrofe el Primer Cataclismo.

—¿Qué es lo que lo produjo?

—Por lo que hemos podido descubrir, la Tierra atravesó casi súbitamente una colosal nube de gases estelares, que envenenaron la atmósfera, haciéndola por completo irrespirable. La catástrofe fue tan súbita, repito, que no hubo modo de prevenir, ni mucho menos de arbitrar las medidas necesarias para salvar a la Humanidad.

—Y murieron todos menos veinte o treinta.

—Sí. Con el transcurso del tiempo hubo nacimientos, como es lógico, y mezcla de razas, dando origen a un solo tipo humano.

—El tuyo —dijo Colnart.

—En efecto. A partir de entonces, se rehízo la civilización, porque sólo los seres vivientes resultaron afectados, en especial los humanos. Animales también quedaron muy pocos, pero habrás de convenir conmigo en que quince siglos es más que suficiente para la reproducción de las distintas especies.

—Comprendo. Y a mí me encontrasteis…

—En la caverna de los hibernados. Una vez se encontraron documentos relativos a esa operación y entonces se creó un comité de exploración e investigación. Os encontramos a ti y a Marta.

—Y tú quieres que Marta y yo…

Vynia se detuvo y le miró. Ya habían llegado a la orilla del río y ella se apoyó en el tronco de un árbol.

—¿No te parece buena idea? —preguntó.

Colnart dudó un instante.

—Tanto Marta como yo parecemos hallamos en perfecto estado físico, por lo que es lógico suponer que esa hipotética descendencia nuestra no padecerá taras hereditarias. Pero…

—Pero ¿qué, Ed?

—Un hombre y una mujer no se unen solamente por razones biológicas, Vynia, debieras saberlo.

—¿Hay otras razones, Ed?

—Sí.

—¿Cuáles, por favor?

Bruscamente, sin anunciar sus intenciones, Colnart agarró a la joven por el talle y la atrajo hacia sí, buscando sus labios con avidez.

—Voy a hacértelo saber de un modo práctico —dijo.

—Por favor —rogó Vynia débilmente.

—Olvida que eres una doctora —susurró Colnart—. Ahora eres solo una mujer, Vynia.

—¡Ed!

Los brazos de Vynia se elevaron para rodear el cuello del joven. Colnart se inclinó más todavía.

Ella cerró los ojos. Sus rojos labios estaban entreabiertos en una tentadora invitación al beso.

Colnart sintió en su pecho el cálido latir de los senos de Vynia. Buscó su boca, pero no llegó a consumar la caricia.

Un horrible alarido sonó a pocos pasos de distancia. Algo silbó unos instantes en el aire, antes de clavarse con un choque seco en el tronco junto al cual estaban los dos jóvenes.

Colnart respiró. Ladeó la cabeza y vio una flecha, todavía vibrando, clavada en el árbol.

El alarido, indudablemente un grito de guerrero, se repitió.

CAPÍTULO VII

Colnart se volvió. Otra flecha silbó y se alejó rozando el tronco del árbol. Colnart reaccionó y agarró a Vynia por una mano.

—¡Rápido! —dijo—. Tenemos que regresar al cronomóvil.

Ella estaba sumamente pálida y no acertaba a reaccionar. De repente, se oyó un aullido salvaje y un extraño individuo apareció ante ellos.

Era un tipo semidesnudo, con algunas plumas sobre la cabeza, que llevaba un escudo pintarrajeado en la mano izquierda y un hacha de guerra en la otra. Su piel era muy atezada, de color del barro rojizo.

—¡Dios mío! —exclamó Colnart, pasmado—. ¡Un piel roja en el año cuatro mil ciento cuarenta y cuatro!

El salvaje levantó la mano armada y disparó el hacha. Colnart adivinó su gesto y se inclinó, a la vez que cargaba con el hombro contra Vynia, a la que derribó al suelo.

Se oyó un golpe seco. El hacha quedó clavada en el tronco. Su dueño tiró el escudo a un lado y sacó un largo cuchillo, con el que arremetió contra la pareja.

—¡Va a matarnos! —chilló Vynia.

Colnart se puso en pie ágilmente y esperó la arremetida del salvaje. Éste llegó y se dispuso a descargar un golpe feroz, pero Colnart avanzó la mano izquierda y sujetó la mano armada de su antagonista.

Luego le clavó el puño en el estómago. El indio se curvó sobre sí mismo y Colnart lo redujo a la inmovilidad con un seco derechazo en la nuca.

Se oyó un alarido. Rápido como el pensamiento, Colnart recogió el cuchillo.

Un nuevo indio se hizo visible. Sin pensárselo dos veces, Colnart lanzó el cuchillo con todas sus fuerzas.

Su acción logró un resultado sorprendente. El cuchillo volteó en el aire y su mango golpeó en plena frente al salvaje, derribándolo fulminado.

Todavía apareció otro indio, que corrió hacia Colnart, blandiendo una lanza de aspecto pavoroso. Pero casi en el mismo instante surgió otro piel roja, armado con un arco, del que partió zumbando una flecha.

El proyectil, sin embargo, no alcanzó a Colnart, sino al indio de la lanza, quien se había atravesado en su trayectoria. El salvaje lanzó un gruñido y se desplomó de bruces sobre la hierba.

Colnart se inclinó y recogió la lanza, disponiéndose a arrojarla contra el otro salvaje. Pero entonces ocurrió algo sumamente extraño.

El indio titubeó un momento. Luego, de súbito, dio media vuelta y puso pies en polvorosa, desapareciendo en contados segundos de la vista de los dos jóvenes.

Vynia se puso en pie. Estaba muy pálida y temblaba como la hoja en el árbol.

—¡Esos salvajes!… —musitó, a punto de desfallecer.

Colnart rodeó su talle con un brazo.

—Vamos —dijo—. Tenemos que regresar a nuestra época.

Ella asintió débilmente. Colnart miró a su alrededor unos instantes y luego empujó a la joven hacia el cronomóvil.

Zahgren y Marta aparecieron casi en el acto.

—¿Qué sucede? Hemos oído gritos —dijo el primero.

Colnart le enseñó la lanza que tenía en las manos.

—Mira —dijo—. Los hombres viven en pleno salvajismo en el siglo cuarenta y dos.

Zahgren se quedó estupefacto.

—Entonces… ¡es cierto! —exclamó.

Colnart comprendió en el acto el sentido de aquellas palabras.

—Sí —confirmó sombríamente—. Nuestra presencia en el siglo treinta y seis ha originado la catástrofe que ahora se refleja en el estado en que viven los hombres de seis siglos más tarde.

* * *

Colnart dejó la lanza apoyada en una de las paredes de la sala.

—Toma, guárdala como recuerdo de una excursión al año cuatro mil ciento cuarenta y cuatro —dijo.

Vynia le contemplaba con ojos llenos de lágrimas.

—Entonces… ¿te vas?

Colnart tomó sus manos.

—No hay otro remedio —dijo.

—Pero…

—Si me quedo aquí, se producirá la catástrofe que han pronosticado. No puedo ser responsable de la desgracia de la Humanidad.

—Y volverás a…

Colnart hizo un gesto de asentimiento.

—A mi época. ¿A quién tengo que ver para que me devuelvan al año dos mil ciento treinta y nueve?

Las lágrimas corrían por las mejillas de Vynia.

—Me gustaría ir contigo —dijo.

—Morirías. Recuerda el Primer Cataclismo.

—Podría sobrevivir…

—No es seguro, Vynia. Quédate en tu época. Acabarás por olvidarme. Un día encontrarás a un hombre que te guste y serás su esposa.

Ella movió la cabeza en gesto negativo.

—No, nunca —contestó.

Colnart inspiró profundamente. Había tenido mala suerte, se dijo. Podía haberse quedado en aquella época y hubiera sido feliz con Vynia, pero su permanencia allí originaría una gran catástrofe.

Había millones de hombres y mujeres inocentes. No, él no podía ser responsable de un futuro catastrófico para la humanidad.

—¿A quién tengo que ver? —repitió.

* * *

Hoon Miwer, Presidente, recibió a Colnart, acompañado de

Dalnant, Rector Temporal. Sentado en su sillón, con la barbilla apoyada en su mano, Miwer contempló fijamente al joven.

—Se ha convencido, supongo —dijo,

—Sí, Honorable —contestó Colnart sin pestañear.

—Nosotros teníamos razón —dijo Dalnant.

—Lo admito, señor.

—Lo sentimos muchísimo —dijo Miwer—. Créame, nos gustaría tenerlo en esta época, pero debe comprender cuál es nuestra posición.

—Sí, señor. De todas formas, quiero imponer mis condiciones.

Dalnant arqueó las cejas.

—¿Condiciones? Usted no puede…

Miwer extendió el brazo.

—Déjelo que hable —intervino—. Adelante, Colnart.

—Quiero que la doctora Vynia sea repuesta en todos sus cargos.

—¿Nada más?

El joven se encogió de hombros.

—Es suficiente —respondió.

—¿Qué pasaría si no aceptáramos?

Colnart sonrió.

—Me escaparé y, créame, no me presentaría voluntario de nuevo —declaró—. Ustedes han hecho esfuerzos increíbles para atraparme y no lo han logrado. No lo conseguirían otra vez.

Dalnant enrojeció, pues sabía que Colnart decía la verdad. Miwer hizo un signo de asentimiento.

—Sus condiciones han sido aceptadas —dijo—. ¿Algo más?

—Confío en su palabra, Honorable.

—Se la he dado —respondió Miwer solemnemente—. Y gracias por solucionarnos esta situación sin graves quebrantos.

Colnart se inclinó profundamente.

—Era mi deber —repuso.

* * *

Se preguntó si había soñado.

Estaba de nuevo en su casa, tendido en la cama, con las manos cruzadas sobre el pecho. Un cronomóvil le había desembarcado en la calle, a altas horas de la madrugada, desapareciendo luego

instantáneamente apenas puso el pie fuera del vehículo temporal.

Se preguntó adonde habría ido a parar Marta. Después de su regreso de la excursión al siglo XLII, ya no había vuelto a verla, como tampoco había visto a Zahgren.

Pero ¿era verdad todo lo que le había pasado?

No podía dormir. Encendió la luz y se sentó en la cama.

Entonces, sus dedos rozaron un objeto de metal que descansaba sobre su pecho. Era un medallón circular que le había regalado Vynia en el momento de la despedida, una especie de camafeo con esmaltes, que componían dibujos tan extraños como bellos.

Aquello demostraba que su sueño de mil quinientos años había sido realidad.

—Lo malo es —se dijo— que, si la historia se repite, voy a repetir ese sueño.

De repente, se estremeció.

—¡Repetir el sueño! Y repetir también su viaje al siglo XLII… la vuelta al siglo XXI… ¿Iba a estar viajando eternamente por el tiempo?, se preguntó, aterrado.

—Adelante y atrás, adelante y atrás…

Una sonrisa apareció de pronto en sus labios.

—Claro que no —se dijo—. El origen de ese sueño está en el golpe que propiné a aquel mentecato. Con no dárselo…

Pero si no cometía el delito, moriría antes de dos años, cuando el planeta se sumergiese en la nube letal de gas estelar, que causaría el exterminio de la humanidad.

Tendría que hacer algo para evitarlo.

¿Avisar a las autoridades del peligro que se cernía sobre el planeta?

Le tomarían por loco y lo encerrarían en el manicomio más próximo.

Sentía la cabeza a punto de estallar. Saltó de la cama y empezó a vestirse.

—«Creo que me conviene un poco de aire» —se dijo.

Minutos más tarde, estaba en la calle. Todavía se veía bastante gente; apenas habían dado las once de la noche.

El fresco ambiente nocturno relajó su tensión interna. Paseó cosa de mil metros y, de pronto, cuando ya se disponía a regresar a su casa, divisó a una joven que caminaba directamente hacia él.

Era una muchacha esbelta, de elevada estatura y cuerpo perfectamente conformado. Tenía el pelo dorado y vestía un sucinto corpiño y unos pantalones muy largos, y ceñidos desde la cintura a los tobillos.

La chica se detuvo frente a él y le dirigió una cálida sonrisa.

—Hola, Ed —saludó.

Colnart tragó saliva.

—Ho… hola, Vynia —contestó.

* * *

Colnart extendió el brazo derecho, tras subirse la manga de la camisa, y dijo:

—Pellízcame, Vynia.

Ella lo hizo riendo. Colnart gritó:

—¡Ay!

Y después la abrazó con todas sus fuerzas.

—Pues sí, estoy despierto —suspiró. La gente que pasaba no le importó en absoluto cuando se inclinó a besarla.

A la gente tampoco le importó que una pareja de enamorados se sintiese efusiva en plena calle.

CAPÍTULO VIII

Colnart agarró a Vynia por una mano y tiró de ella,

—Ven, vamos a celebrarlo —invitó.

—¿Adonde vamos? —quiso saber ella.

—Hay un café cerca de aquí. Tomaremos una copa de champaña. En vuestra época no se conoce, pero es un vino con burbujas de un gusto exquisito.

Ella le siguió, feliz.

—Todavía no me has preguntado por qué he venido a verte, Ed —dijo.

—Estás aquí, ¿no? Eso es lo que me interesa. Lo demás carece de importancia para mí.

Entraron en el café. Había una especie de vestíbulo abierto, de dos palmos de altura, que formaba como una plataforma circular de ocho o diez metros de anchura. Dos grandes peldaños en descenso permitían el acceso al resto del local, situado a un nivel inferior.

Colnart eligió una mesa a poca distancia de la entrada y agitó una mano.

—Camarero, champaña —pidió—. Del mejor, claro.

—Al momento, señor.

Luego se volvió hacia la joven.

—Vynia, dime, ¿por qué estás aquí?

Ella abrió su bolso y le enseñó una tarjeta impresa.

—Lee —dijo.

—¡Es el documento personal de identidad de Marta! —exclamó él segundos más tarde.

—Sí —confirmó Vynia.

—No entiendo —dijo Colnart—. ¿Por qué quieres hacerte pasar por Marta?

—Voy a ocupar su puesto en la Sala de Hibernación Número Once Bis —declaró Vynia sin pestañear.

—¿Y quién te despertará a ti?

—Marta y Zahgren. Luego, yo te despertaré a ti.

Colnart se sentía lleno de perplejidad. El camarero llegó en aquel momento, descorchó la botella y llenó las dos copas.

—Bebe —invitó a la joven, procurando mostrarse animoso—. De momento, celebraremos nuestro encuentro.

Ella sonrió. Colnart levantó su copa.

—Por la futura señora Colnart —brindó.

—Por ti, cariño —dijo Vynia, con las mejillas deliciosamente encarnadas.

Bebieron. Luego, Colnart dijo:

—Vynia, es que… todavía yo… Bueno, no estoy muy decidido a dejarme someter a la hibernación.

—¿Por qué? —se extrañó ella—. Has vuelto a tu época. Todos los sucesos que acaecieron, han de repetirse.

—Sí, y me despertaré en el siglo treinta y seis y se repetirá la historia…

—Ahora no, porque la conocemos y podemos modificarla.

Colnart movió la cabeza.

—No estoy muy seguro de ello —respondió—. ¿Qué piensas ganar tú con tu viaje al pasado, que es mi época, aparte de convertirte en mi esposa, claro?

—Verás, Ed, yo…

Vynia no pudo continuar. Un sujeto, malencarado y con aliento que apestaba a alcohol, se inclinó sobre la joven:

—Guapa, ven a tomar una copa conmigo —invitó con voz aguardentosa.

Colnart se sulfuró.

—Déjenos en paz —masculló—. ¿No ve que estamos hablando de nuestros asuntos?

Pero el borracho no se inmutó y apoyó una manaza en el brazo de Vynia.

—¿Es posible que te guste ese mequetrefe? —preguntó insultantemente.

—Va a ser mi esposo —declaró Vynia.

—¿Tu esp…? Oye, guapa, ¿tienes ganas de burlarte de mí? Anda, ven conmigo a mi apartamiento; está a dos manzanas de distancia y lo pasaremos allí solos mil veces mejor que en esta infecta pocilga.

—Váyase y déjenos en paz de una vez —rogó la joven.

El borracho se enojó.

—Oye, estúpida —dijo—, se ve que no me conoces bien. Soy Marty Tunn, el amo del barrio, ¿comprendes? y cuando yo le digo a una chica que se venga conmigo…

—En este caso, no se va con usted —exclamó Colnart, a la vez que se ponía en pie.

—¿Pretendes desafiarme, pequeño bastardo? —gruñó Tunn encolerizado. Agarró a Vynia por el brazo y tiró de ella—. Me la llevo y se acabó.

El puño de Colnart se disparó con terrible violencia. En el mismo momento en que sus nudillos chocaban contra el mentón del borracho, se dio cuenta de que la historia empezaba a repetirse.

El borracho cayó hacia atrás. Su nuca chocó contra el bordillo del peldaño inferior y se oyó un terrible chasquido.

Marty Tunn bizqueó primero, luego puso sus ojos en blanco y sus piernas se encogieron y estiraron convulsivamente varias veces. Después se quedó quieto para siempre.

* * *

—¿Dónde has estado, Ed? —preguntó el viejo ladrón.

Colnart se sentó fatigado en el borde del camastro de la celda.

—No podrías entenderme si te lo dijera —contestó.

—Es curioso —dijo Mac pensativamente—. Hace unas cuantas horas estuve dándote consejos para evitar que acondicionaran tu cerebro. Luego nos echamos a dormir. Me desperté a medianoche para beber un poco de agua y vi tu camastro vacío. Yo volví a dormirme, pensando en que soñaba o que no estaba despierto del todo. A la madrugada, me desperté de nuevo. Tu litera seguía vacía.

—Sí —admitió el joven.

—Yo me dije: «Eso es que se lo han llevado a hibernar sin que yo me despertara», pero de nuevo volví a dormirme. Cuando trajeron

el desayuno, tú estabas otra vez en la cama. ¿Adonde te fuiste, Ed? ¿Eres un fantasma?

Colnart sonrió amargamente.

—Soy un estúpido —repuso—. Pude haber evitado esta situación… Pero tú, Mac, me dijiste cómo evitar que me conviertan en un vegetal viviente, ¿no es cierto?

—Sí, desde luego.

—¿Conoces los aparatos de hibernación?

—Hombre…

—Voy a hacer un trato contigo. Tengo algún dinero en el banco. Puedo disponer de él todavía. Quiero pedirte un favor importantísimo, Mac.

—¿Cuánto? —preguntó avariciosamente el viejo ladrón.

—¿Diez? Diez mil, claro.

—Hecho —aceptó Mac de inmediato—. ¿En qué consiste ese favor?

—Mac, quiero que me respondas con absoluta sinceridad. ¿Puedo confiar en ti?

—Palabra de ladrón, Ed.

Colnart respingó. Mac se echó a reír.

—El honor entre ladrones existe o no, según las circunstancias, pero tú me has caído simpático, Ed —aclaró—. Mientras no se trate de «apiolar» a nadie, cuenta con tu seguro servidor. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Un servicio de ladrón, desde luego. ¿Te sentirías capaz de despertarme de la hibernación seis meses antes del plazo fijado?

—Por supuesto. Eso es pan comido, Ed. ¿Qué más?

—Bueno, en lugar de darte diez mil, te daré veintidós mil, que es todo mi capital. Yo no voy a necesitarlo ahora ni en lo sucesivo, pero harás lo que yo te indique, Ed. Ten en cuenta una cosa: no te desvíes en absoluto de mis recomendaciones o moriremos los dos.

—¡Caramba, muy negro me lo estás poniendo, Ed!

—Hablo con la verdad por delante —aseguró Colnart, muy serio —. Mac, aproximadamente dentro de año y medio, la vida se va a extinguir en nuestro planeta y quiero tener la seguridad de que tú y yo vamos a sobrevivir.

Mac se quedó viendo visiones. Colnart movió la cabeza.

—No, no estoy loco —dijo—. Y si no me crees, gasta solamente

una parte de los veintidós mil denarios que te voy a dar en preparar tu salvación. Pero, recuerda, dentro de cuatro años y medio, vendrás a despertarme de la hibernación, ¿estamos?

El viejo ladrón parecía muy impresionado.

—Tengo la sensación que te fuiste muy lejos de aquí y que has vuelto tras averiguar cosas extrañas y terribles —dijo.

—Así es, Mac —confirmó Colnart con grave acento.

* * *

Colnart abrió los ojos. Vagos ruidos de origen sin identificar llegaban a sus oídos.

Una mano le dio unas palmaditas. Alguien dijo:

—Bebe, Ed, esto te entonará.

Un líquido fuerte entró en la garganta del joven. Se oyó una tos.

Pero no era de Colnart. No era Colnart quien tosía.

—¿Mac? —dijo débilmente.

—Sí —contestó el viejo ladrón cuando se le hubo pasado el acceso de tos—. ¿Cómo te sientes, amigo?

—Muy envarado, pero creo que discurro con normalidad. —La caverna de hibernación estaba en la penumbra y Colnart trató de averiguar con la mirada los detalles que le rodeaban—. ¿Cómo están los otros, Mac? —preguntó.

—Muertos. Todos, menos tú. Algunos son montones de carroña solamente… —Mac volvió a toser convulsivamente—. ¡Maldita tos!

—¿Bronquitis, Mac?

—¡Ojalá! —contestó el viejo ladrón en tono pesimista—. Ed, estoy «cascado».

—¿Cómo?

—El gas. A pesar de todo lo que hice, respiré un poco y tengo los pulmones deshechos. No duraré mucho, Ed.

Colnart hizo un gran esfuerzo y se sentó en el lecho sobre el que había dormido durante cuatro años y medio.

—¿Qué día es hoy, Mac? —preguntó.

—Cuatro de septiembre del año dos mil cuarenta y tres. Dijiste que te despertara a los cuatro años y medio. Debías de haberlo hecho dentro de seis meses.

—Gracias, Mac. ¿Ha resultado difícil?

El viejo ladrón hizo una mueca.

—Tuve tiempo de prepararme debidamente —contestó.

De nuevo volvió a toser. Al terminar, casi sin respiración, dijo:

—Estoy listo, Ed. Mala suerte la mía… y lo peor de todo es que no ha quedado un solo matasanos para contarlo.

—¿Cómo ocurrió, Mac?

—No me digas, yo no lo vi. Lo que hice fue preparar todo lo que me ordenaste y luego me compré una casita en el campo, muy lejos de la capital. Tenía sótano y allí almacené provisiones y oxígeno. Cuando dieron la alarma, escapé hacia mi refugio. Pero me alcanzó una nube de gas casi cuando ya iba a entrar y creí que me moría. Pude recuperarme y eso que el instinto me hizo respirar oxígeno puro unas cuantas horas… pero aquellas bocanadas de gas letal han dejado su rastro.

—No sabes cuánto lo siento, Mac —dijo Colnart—. Me habría gustado tenerte a mi lado…

El ladrón se encogió de hombros.

—Aún duraré algunos días —contestó estoicamente—. No sé cuántos, pero ayer ya escupí sangre. Toma, echa otro trago.

Colnart bebió de la botella que le presentaba Mac. El alcohol le tonificó notablemente.

—Tendrás hambre —dijo Mac, abriendo una bolsa—. He preparado bocadillos.

—Gracias, Mac. Creo que eres muy bueno —sonrió Colnart—. Pero ¿no te condenaron?

Mac ladeó la cabeza.

—Me jugué la condena a los dados con el juez, el fiscal y el defensor —contestó, sonriendo maliciosamente—. No sólo gané mi libertad, sino que los desplumé. Resultó divertido, créeme.

—Me lo imagino, Mac, Oye, tendrás que indicarme la dirección de esa casa de campo que compraste.

—Yo mismo te acompañaré, no te preocupes.

—Gracias, compadre.

Colnart terminó de comer y tomó un nuevo sorbo de vino. Probó a ponerse en pie y, tras unos ligeros mareos, consiguió mantener el equilibrio.

—Esto ha salido un poco mejor que el despertar después de mil quinientos años —dijo sonriendo.

—¿Cómo? —se extrañó Mac.

—Nada, no te preocupes. ¿Vamos?

Abandonaron la sala de hibernación. Fuera, en la explanada, había un coche.

—Esto sí que es tener el coche a la puerta —exclamó jovialmente.

—Hay millones de ellos abandonados —dijo Mac—. No tienes más que sentarte tras el volante del que más te guste, marcar su número de serie e, inmediatamente, el satélite de energía correspondiente envía potencia inalámbricamente. Creo que los satélites de energía girarán en su órbita por los siglos de los siglos.

Colnart no contestó. Volvió la cabeza y contempló la montaña que había a espaldas del edificio de hibernación.

Algunos siglos más tarde, se produciría un corrimiento de tierras y el edificio quedaría oculto hasta que, en el año tres mil quinientos cuarenta y cuatro, una joven y hermosa doctora iniciase las tareas de excavación.

Pero esta vez no encontraría a ningún durmiente bajo las bóvedas de la caverna de hibernación.

CAPÍTULO IX

Colnart terminó de apisonar la tierra sobre la tumba y luego hincó en la cabecera la cruz que había construido previamente. Pendiente de la cruz había colgado una tabla con una inscripción a fuego, hecha con un clavo al rojo:

MAC, EL VIEJO LADRÓN
FUE UN BUEN AMIGO

Melancólicamente contempló la tumba y el epitafio.

—Me pregunto si habrá alguien que lo lea algún día —murmuró.

Al cabo de unos minutos, agarró el rifle y se dirigió al coche que tenía a poca distancia. La ciudad se veía en el horizonte.

Mac había acumulado grandes cantidades de provisiones, pero, desde la hecatombe, había tenido que sobrevivir y ello había disminuido notablemente las reservas del sótano. Durante los doce primeros meses, no había podido ir a la ciudad, hasta que se limpió la atmósfera por sí misma.

Ahora iba él a reponer provisiones, Después…

Se preguntó qué haría, puesto que ya conocía los motivos de su estancia en aquella época. Viviría solitario como un Robinson del siglo XXI hasta que, tal vez, un lejano día, se encontrase con algunos congéneres.

Pero era la mejor solución que podía adoptar, puesto que no podía permitir que su aparición en el siglo XLII originase una catástrofe que hundiese la civilización que él había conocido.

—Espero que Vynia sepa comprenderlo y no se haya hibernado

—musitó.

Media hora más tarde, se apeaba en la ciudad.

Los edificios se hallaban todavía en buen estado de conservación. Un silencio absoluto reinaba a su alrededor.

Por todas partes se veían restos humanos, sólo con el esqueleto, desaparecidos los tejidos y sustancias orgánicas más fácilmente corruptibles a lo largo de tres años. Era un espectáculo pavoroso, enloquecedor.

Sus pisadas resonaban con fúnebres ecos por el asfalto de las calles, agrietado en algunos puntos, por donde asomaban plantas silvestres. Las bisagras de una puerta chirriaron al ser movida la madera por una corriente de aire y Colnart dio un salto lateral, a la vez que empuñaba el rifle a punto de hacer fuego.

De pronto, vio el rótulo medio descolgado de un supermercado.

—Bueno, ya he encontrado la despensa.

El contenido de las latas podía conservarse indefinidamente. Pero un día debería consumir alimentos frescos.

Buscaría frutas y arbitraría el medio de pescar en los ríos. ¿Habrían quedado vivos algunos animales comestibles?

Encontró un coche en la puerta de la tienda y lo probó. Funcionaba perfectamente.

—Un buen constructor —elogió.

Luego empezó a cargar latas en el coche. El rifle había quedado apoyado contra uno de los costados del vehículo.

Hizo el último viaje. Se disponía a emprender el regreso a la casa de Mac cuando, de pronto, oyó pasos que resonaban claramente en las inmediaciones de la esquina próxima.

Agarró el rifle. ¿Algún superviviente?, se preguntó.

* * *

Los pasos se acercaron. De repente, tres hombres aparecieron a la vista de Colnart.

A dos de ellos los reconoció de inmediato. Eran Sradon-A-1 y Touckf-B-7. El otro le resultó desconocido.

—¡Ahí está! —gritó Sradon.

Colnart levantó el rifle.

—Cuidado —advirtió—. No intenten nada contra mí o…

El tercer individuo tenía en la mano un objeto y apuntó con él a Colnart. El joven se echó a un lado, justo en el momento en que un dardo de luz brotaba del arma.

Inmediatamente, sonó un estampido. La anticuada bala del 44 levantó al hombre medio palmo del suelo y luego lo lanzó contra una farola. Estuvo un momento inmóvil, con el asombro reflejado en su rostro, pero en seguida se desplomó sobre la acera.

Touckf se precipitó sobre el artefacto que despedía aquellos extraños destellos, pero Colnart fue más rápido y envió una bala que lo hizo saltar a veinte pasos de distancia.

—No intenten nada contra mí —repitió duramente—, Estoy en mi época, recuérdenlo.

Sradon y Touckf le miraron con odio.

—Hemos venido a matarle —dijo el primero.

—¿También sigo constituyendo una amenaza para el siglo en que viven ustedes?

Sradon se encogió de hombros,

—Son órdenes —contestó.

—De un par de pajarracos llamados Miwer y Dalnant, ¿verdad?

No hubo respuesta.

Un cuerpo se desangraba en el suelo, ya muerto.

Colnart lo miró compasivamente.

—No he sido yo quien lo ha matado, sino el que lo envió a una época a la que no pertenece —dijo—. ¿Dónde tienen su cronomóvil?

—Cerca de aquí —respondió Touckf.

—Bien, carguen con el cuerpo de su amigo y váyanse. Vuelvan al siglo treinta y seis.

Sradon y Touckf vacilaron.

Colnart agitó el rifle.

—A menos que quieran quedarse en éste… ¡para siempre! —añadió.

Ya no hubo más vacilaciones. Sradon y Touckf agarraron el cadáver por los brazos y los tobillos y echaron a andar.

Colnart los siguió a prudente distancia, sin dejar de apoyar el dedo en el gatillo. Minutos después, divisó el cronomóvil.

—Digan a sus jefes que yo estoy aquí muy bien y que espero que a ellos les pase lo mismo en su época —manifestó—. Pero

cualquiera que intente atacarme, tendrá una respuesta inmediata y contundente. ¡Fuera!

Segundos más tarde, la máquina del tiempo había desaparecido.

Colnart se secó el sudor de la frente con el brazo.

—¡Uf, qué mal rato he pasado!

Pero luego se sintió muy preocupado.

Por dos razones.

Una: presentía que los hombres del siglo XXVI iban a volver.

Dos: desconocía los motivos por los cuales querían asesinarle.

¿O era que incluso su supervivencia en el siglo a que pertenecía podía provocar la catástrofe que había conducido a la Humanidad al estado de salvajismo en el siglo XLII, como él mismo había apreciado?

De una cosa estaba seguro: lucharía como una fiera. No se dejaría matar como un cordero.

* * *

Pasaron algunas semanas.

Colnart había conseguido pescar algo. Incluso había divisado algunos conejos, pero se había abstenido de cazarlos. Podía esperar hasta un año; era una especie sumamente prolífica y no le faltaría carne en lo sucesivo.

Hacía una vida de ejercicio casi continuo. Había logrado cultivar legumbres en un pequeño huerto situado alrededor de la casa. Pronto dispuso de lechugas y verduras frescas.

Había frutales relativamente cerca. La alimentación había dejado de constituir un problema para él.

Por las noches, leía. La gigantesca Biblioteca Pública de la capital estaba a su disposición. Cada vez que hacía un viaje a la ciudad muerta, cargaba unos cuantos libros en el coche. Así formaba su biblioteca particular.

También tenía un reproductor de música. Abundaban las cintas grabadas y, por otra parte, los satélites de fuerza continuaban enviando energía a la Tierra, girando inmutables en sus órbitas. Colnart disponía, por tanto, de luz eléctrica, que le llegaba por emisiones irradiadas desde treinta y seis mil kilómetros de altura.

Podía vivir así muchísimos años.

—Hasta que encuentre algún superviviente.

O alguna superviviente.

¿Una mujer?

La soledad empezaba a pesarle. Si al menos hubiese tenido a Vynia a su lado…

Pero no, separarse había sido la mejor solución para ambos, aunque él la echaba de menos con gran frecuencia.

Transcurrieron varios meses.

De repente, cierto día, un chispazo metálico se produjo en el cielo y llegó a sus retinas.

CAPÍTULO X

Colnart tenía unos prismáticos en la casa. Con ellos en la mano, exploró el lugar donde había captado el destello.

Casi en el acto se puso rígido.

—¡Ellos otra vez! —exclamó con voz sorda.

Acababa de identificar uno de aquellos extraños aparatos voladores que se construirían quince siglos más tarde.

Pero ¿cómo era posible que un aeromóvil, de enormes dimensiones, hubiera podido ser trasladado al pasado… a la época en que él vivía?

Conocía los cronomóviles y sabía que solamente eran capaces, cuando más, para seis personas. Pero aquellos aparatos voladores tenían dimensiones superiores a los treinta metros de longitud por seis u ocho de envergadura.

Siguió con los prismáticos las evoluciones del aparato, que se aproximaba a la capital sin grandes prisas. De repente, al llegar a la vertical de los primeros edificios, descargó un gigantesco rayo de luz que empezó a fundir los materiales con que estaban construidos.

Colnart se quedó pasmado.

Todavía quedaban en las casas materiales de fácil combustibilidad. Las primeras columnas de humo se elevaron a los pocos momentos.

El aeromóvil continuaba impasible sus evoluciones, lanzando terribles descargas calóricas que fundían la piedra y el cemento y hacían arder instantáneamente la madera y otros materiales combustibles. Una hora más tarde, la capital era una masa de llamas, humo y materiales sólidos en fusión.

El horizonte estaba completamente ennegrecido. Colnart se sintió atacado por una cólera irrefrenable.

Estaba visto, se dijo; querían su muerte a cualquier precio.

Miwer y Dalnant eran de los que consideraban que el mejor medio de matar una mosca era empezar a tiros con ella, sin importar las consecuencias. Pero él no era una mosca.

De pronto, se dio cuenta de que el aeromóvil seguía evolucionando.

¿Le buscaba fuera de la ciudad?

Colnart no tardó en tomar una decisión. Entró en la casa y recogió su rifle.

En una bolsa cargó algunas provisiones. Podían descubrir su casa y quería estar prevenido contra cualquier contingencia.

Una vez hubo terminado, salió corriendo. El aeromóvil abandonaba las ruinas humeantes.

Media hora más tarde, divisó en el fondo del valle un enorme cajón de cristal. El aparato volador se disponía a entrar en aquellos momentos.

—Voy a evitar que vuelvan otra vez —se dijo.

Cautelosamente, se acercó a la gigantesca máquina del tiempo. Las plantas y los arbustos facilitaban su ocultación.

Se arrodilló a ciento cincuenta pasos y tomó puntería. Esperó a que el aeromóvil empezara a esfumarse, una vez iniciado el proceso de traslación temporal.

Entonces apretó el gatillo.

El disparo desencadenó una llamarada de gigantescas proporciones. Un profundo trueno sacudió la tierra.

La onda expansiva envió a Colnart a diez pasos de distancia. Por fortuna, unos arbustos de buen tamaño amortiguaron su caída.

Cuando se hubo recobrado, examinó el terreno.

En el lugar donde había estado el cronomóvil, juntamente con el aparato volador, sólo quedaba un cráter de cincuenta metros de diámetro por diez de profundidad.

* * *

Los ojos de Miwer recorrieron con crítica mirada el enorme hoyo que se había formado en las inmediaciones de la Rectoría Temporal.

—Un desgraciado accidente, amigo Dalnant —comentó.

—Así es, Honorable —respondió el aludido, con la sonrisa en los labios—. Según los técnicos, se produjo un fallo en el momento de iniciarse el viaje de regreso, lo que provocó, simultáneamente, la explosión de los almacenes de energía del aeromóvil y de la máquina del tiempo.

—Sus tripulantes murieron al servicio de nuestra época —dijo Miwer con ficticio tono de pesar—. Serán considerados como unos héroes y sus familias atendidas para que nunca les falte nada.

—Se hará como desea, Honorable.

—A propósito, habrá que enviar un cronomóvil normal de exploración. Confío en que… los héroes hayan destruido la capital.

—Y, con ella, habrán conseguido eliminar al peligroso Edwin Colnart.

—Eso espero, Dalnant.

—Pero, Honorable, ¿qué hay de la otra mujer? Me refiero a Marta Shadd, claro está.

—Oh, en cuanto a ella no hay cuidado. El verdaderamente peligroso era Colnart y confío en que ya esté muerto.

—Con Marta Shadd podrá la doctora Vynia comprobar sus teorías, ¿no es así? —dijo Dalnant riendo.

—En efecto. La esposa de Zahgren va a tener pronto un niño. Confiemos en que nazca con toda normalidad.

—Así no nos podrán acusar de tiranos, Honorable.

Miwer soltó una risita.

—Sólo queremos la felicidad de nuestro pueblo —contestó.

* * *

—Todo marcha perfectamente, Marta —dijo Vynia, después de examinar a la joven, cuyo abultado vientre señalaba la inminencia de su maternidad.

—Gracias, Vynia. Ahora me siento mucho más tranquila —contestó Marta, mientras se vestía de nuevo.

Zahgren entró a poco.

—Ya conoces la noticia, supongo —dijo.

Vynia asintió.

—Sí, el cronomóvil gigante de prueba explotó en el viaje de

regreso.

—Alguien cometió un error, ¿no? —dijo Marta.

—Sus tripulantes murieron instantáneamente.

Zahgren miró a las dos mujeres sucesivamente.

—Eso es lo que se cree —contestó—. Yo opino todo lo contrario.

—¿Por qué dices eso? —preguntó la doctora.

—Vynia, ¿sabes a qué fue el aeromóvil al pasado?

—Exploración, supongo.

—Teóricamente, sí. Pero esa no es la verdad, Sradon, Touckf y un tal Grevl hicieron un viaje al pasado para matar a Ed. Naturalmente, Ed se defendió con un arma de su época.

Había una mesa cerca y Zahgren dejó sobre la misma un objeto de color gris y forma alargada, terminado en punta de ojiva.

—El médico que recogió los restos de Grevl encontró esto —dijo.

—Es una bala de fusil —exclamó Marta.

—En efecto. Y en el reconocimiento del cráter que el cronomóvil produjo al explotar, uno de mis ayudantes ha encontrado otro objeto análogo.

Zahgren depositó sobre la mesa una bala semejante a la anterior, aunque chamuscada y abollada en algunos puntos.

Vynia se puso pálida.

—Zah, ¿qué tratas de insinuar? —exclamó.

—Sencillamente, que Ed fue atacado de nuevo y otra vez se defendió, Vynia.

—¿Pudo su disparo causar la explosión del cronomóvil?

—Sí, si lo hizo en el momento en que el aparato había iniciado ya su viaje temporal. La bala viajó a nuestra época y aquí fue donde la encontramos nosotros.

—Zah, eso significa que Ed está vivo todavía —gritó Vynia.

—¿Lo has dudado alguna vez?

Vynia se sentó. Las piernas se negaban a sostenerla.

—¿Podría ir… yo… en su busca? —preguntó.

Zahgren hizo un signo afirmativo.

—Te prepararé un cronomóvil —aseguró—. Para eso soy ahora el tercer Subrector Temporal, cargo, que, como sabéis, me fue otorgado por mis méritos… y también que cerrase el pico.

—Pero si Ed viene a esta época, se producirá la catástrofe…

—¿Lo sabemos de un modo absolutamente irrefutable?

—Zah, recuerda, fuimos atacados por unos salvajes.

—Esos salvajes, ¿eran todos los habitantes del siglo cuarenta y dos?

Los ojos de Vynia fueron hacia la lanza que continuaba apoyada en la pared, en el mismo rincón en que la dejara Colnart meses atrás.

—Hoy día, incluso, hay gentes en el planeta que viven en un estado mucho más atrasado que el nuestro —contestó.

—Tú misma te has dado la respuesta, Vynia —dijo Zahgren—. Pero, además, si él no está aquí, no se podrá saber nunca si su presencia provocará o no la catástrofe.

—¿Opinas que debemos realizar una segunda exploración temporal?

—Sí, y, además, los dos solos y a lo largo de sucesivas épocas, hasta llegar al momento en que fuisteis atacados por los salvajes.

Los ojos de Vynia brillaron de un modo singular.

—¿Cuándo me tendrás listo el cronomóvil, Zah? —preguntó.

—Tendrás que aprender su manejo, Vynia.

—Haré todo lo que sea preciso, pero quiero reunirme con Ed —contestó la joven doctora apasionadamente.

* * *

Era una lástima desperdiciar una bala en aquel rollizo conejo. Para ahorrar municiones, ahora que no podía reponerlas, Colnart se había construido una honda, con la que, después de un conveniente entrenamiento, obtenía satisfactorios resultados.

La piedra partió zumbando y alcanzó al conejo en la cabeza. El roedor cayó fulminado.

—Bueno, ya tengo solucionada la cena de esta noche —dijo alegremente.

Caminó hacia el cadáver de su víctima. De pronto, las imágenes se enturbiaron ante sus ojos.

Colnart se detuvo en el acto, adivinando lo que iba a suceder. Descolgó el rifle del hombro y envió una bala a la recámara.

El cronomóvil se hizo visible por completo. A través de sus paredes transparentes, Colnart divisó a su único ocupante.

Era una mujer. Un agudo grito se escapó de sus labios en el acto:

—¡VYNIA!

La joven abrió la puerta y saltó al suelo. Un soplo de fresca brisa hizo ondear sus cabellos sueltos.

Los dos jóvenes se confundieron en un estrecho abrazo,

—No hables ahora —dijo él, apretándola contra su pecho, a la vez que acariciaba su pelo—. Estás aquí, conmigo, y esto es lo que importa únicamente… sólo que me alegro infinito de que no te hayas hibernado. Total, habrías obtenido este mismo resultado, ¿no?

—Tenemos mucho que hablar, Ed —manifestó.

—Todo lo que tú quieras —sonrió él—. Nos queda toda una vida por delante.

—Sí, pero quiero que esa vida se deslice plácidamente, sin sobresaltos, sin pensar en un futuro catastrófico. Por eso he venido a verte.

—Muy bien —aprobó Colnart—. Pero creo que hablaremos mejor en casa y delante de un conejo asado.

Ella sonrió.

—¿Te dedicas a la caza? —preguntó.

—Parte por pasatiempo y parte por subsistir. Algo tenía que hacer, ¿no?

—Es evidente. Ed, ¿has encontrado supervivientes del Primer Cataclismo?

—Ni uno solo. Es más, quizá hayan muerto algunos.

—¿Cómo?

—La ciudad fue arrasada por completo, abrasada, fundidos sus edificios… Quizá había alguien escondido en sótanos, aguardando el día de salir, pero si eso fue así, ya no saldrán más.

—Ellos creen que tú has muerto, Ed.

—Me lo imagino. ¿Sabes que disparé contra su cronomóvil?

—Por eso estoy aquí. Zahgren encontró la bala y adivinó la verdad.

CAPÍTULO XI

—De modo que estás entrenada para manejar un cronomóvil.

—Sí —contestó Vynia—. Zah me enseñó a la perfección.

—A escondidas, por supuesto.

—¡Oh, ahora él ocupa un cargo importante en la Rectoría Temporal! Se lo dieron para que se callase, ¿comprendes?

—Una pareja de tipos muy astutos —calificó Colnart—. Pero todavía no he podido averiguar por qué motivos quieren mi muerte Miwer y Dalnant.

—Si vienes a mi época, serás el causante de una catástrofe.

—Eso es lo que ellos dicen.

—Y tiene trazas de verosimilitud. Recuerda el ataque de los salvajes, Ed.

—No lo olvidaré nunca, Vynia.

—Pero Zah alega que en el siglo treinta y seis existen todavía núcleos de gente muy atrasada con respecto a nosotros. ¿Por qué no puede suceder lo mismo en el siglo cuarenta y dos?

—Es un argumento muy lógico —admitió Colnart—. ¿Cuál es la sugerencia de Zah?

—Explorar las edades a partir de mi época.

—No está mal, sobre todo, si tenemos en cuenta que la primera exploración en el futuro duró muy poco y quedó circunscrita a un ámbito de unos pocos metros cuadrados.

—Exactamente —convino la joven,

—Muy bien. ¿Cuándo empezamos?

Vynia demoró la respuesta unos segundos.

Era de noche. Hacía una temperatura muy agradable y las

estrellas brillaban en el cielo.

Estaban sentados en sendas hamacas en el exterior de la casa. Vynia sonrió.

—Yo creo que podríamos esperar veinticuatro horas —contestó al cabo.

—Por mí, no hay inconveniente —aceptó Colnart.

Ella le tendió una mano.

—Dime, ¿estás satisfecho de que haya venido a buscarte?

—¿Puedes dudarlo, querida?

Vynia suspiró.

—Me sentí tan aterrada cuando vi que golpeabas a Marty Tunn…

—Se repitió la historia en aquel caso, porque el destino de Tunn estaba sellado y no se podía variar. Igualmente me habría sucedido a mí, de hallarme en supuesto…

—Pero tu destino era ser hibernado, despertar quince siglos después y ser reenviado de nuevo al pasado, para que construyas un futuro en el que tú mismo tengas capacidad de decisión, porque tu línea de la vida está trazada así, desde el momento que golpeaste a Tunn por primera vez.

—El trazado tiene un gran zigzag: ida al siglo treinta y seis y vuelta al veintiuno.

—Porque la primera trayectoria estaba equivocada, Ed.

—¿Y no estará equivocada también la segunda?

Vynia le dirigió una intensa mirada.

—Vamos a ver si establecemos una trayectoria definida para el resto de nuestros días —respondió.

* * *

Vynia se extrañó de ver a Colnart equipado con el rifle, la honda y una bolsa donde había provisiones y cartuchos de repuesto.

—Parece que vayas a la guerra —observó sonriente.

—¿Quién sabe? —contestó él—. No me gustó hacerlo, pero si no disparo contra Grevl, él me habría matado a mí.

—Es la ley de la supervivencia, Ed.

—Sí, Vynia. Una ley muy dura, pero justa en cierto punto. Al menos, en mi caso.

—Estoy de acuerdo. ¿Vamos?

—Andando.

Minutos después, se hallaban en el interior del cronomóvil.

Vynia lo puso en funcionamiento.

El tiempo pasó velozmente. Durante unos minutos, no se vio nada en torno a la máquina del tiempo.

Luego, el ambiente se hizo visible.

—Vaya, no parece que el paisaje haya variado mucho —dijo Colnart.

—¿No? Mira, allí veo humo.

Colnart sacó los prismáticos.

—Es un campamento de seres primitivos —dijo, tras un atento examen del lugar.

:—En el siglo veintidós, es completamente lógico, pero me parece que no nos interesa contemplar la evolución hasta el treinta y seis, sino a partir de éste.

—De acuerdo. ¿Puedes dar el salto de golpe?

—Claro. Iremos al siglo treinta y siete, justamente a cien años de tu hallazgo en la sala de hibernación.

Esta vez el viaje duró algo más, aunque no se hizo demasiado pesado. Aparecieron en un parque de agradable aspecto, a través del cual se veía a la gente paseando y charlando apaciblemente.

——¿No nos verán a nosotros? —se alarmó Colnart.

—No. Ahora estamos fuera de su campo temporal.

—Lo que yo veo no da indicio alguno de anormalidad, sino de progreso con respecto a tu época. ¿Seguimos?

—Sí, Ed.

Llegaron al año 3744.

Más progreso, pero ninguna anormalidad.

Lo mismo sucedía en el 3844.

Y en el 3944.

Y en el 4044.

—Bueno —dijo Colnart, completamente desconcertado—, yo no acabo de comprender este misterio.

—Yo tampoco —dijo Vynia, mordiéndose los labios.

La Humanidad había progresado bastante y no se advertía ningún síntoma de catástrofe.

—Unos habitantes del siglo cuarenta y dos, como los salvajes

con quienes nos tropezamos deberían conservar aún rastros de civilización —dijo Colnart—. Por lo menos, no se pintarían la cara ni el cuerpo ni usarían plumas como adorno. El arco, las flechas y la lanza son armas necesarias, caso de no haber otras; yo mismo me he construido una honda. Pero no me he pintado la cara ni tampoco me he vestido con pieles.

—Quizá la catástrofe se produjo entre los años cuatro mil cuarenta y cuatro y cuatro mil ciento cuarenta y cuatro.

—Es posible, pero, a pesar de todo, los supervivientes no irían pintarrajeados.

Vynia asintió en silencio.

La insistencia de Colnart era razonable.

¿En qué consistía, pues, la catástrofe?

—Sigamos explorando —decidió al cabo—. Lo haremos año por año, pero esto nos llevará días.

—No tenemos mucha prisa, creo yo —sonrió Colnart.

* * *

—Estamos en el año cuatro mil ciento cuarenta y cuatro —anunció Vynia de pronto.

—¿Qué distancia, temporal, por supuesto, hay hasta el momento en que fuimos atacados por los salvajes?

—Algunas horas solamente, Ed.

—¿Antes o después del ataque?

Vynia consultó el indicador horario.

—Después —contestó—. El ataque se produjo a los diez y media de la mañana, aproximadamente. Son las tres de la tarde.

—Muy bien, salgamos a explorar —propuso él. Vynia abrió la puerta, Colnart y la joven pusieron pie en el suelo herboso.

Colnart paseó la vista por el paisaje. Sí, allí estaba el río… el lugar era el mismo donde habían sido atacados por los supuestos indios.

—Vamos a ver—murmuró.

Buscó el árbol en que se había clavado la flecha. Tras algunos momentos de atento examen, encontró la señal del impacto.

—Se la han llevado —dijo.

Luego se arrodilló y empezó a examinar la hierba con infinita

atención.

—¡Qué raro! —dijo.

—¿Qué encuentras de raro, Ed? —preguntó ella.

—Me parece lógico que los salvajes se llevasen sus armas y al compañero muerto… pero no que limpiasen la hierba hasta dejarla completamente limpia de sangre.

—Y tú no ves el menor rastro de sangre, Ed.

Colnart se puso en pie.

—En absoluto, Vynia —respondió.

En aquel momento sonaron voces en las inmediaciones.

Colnart aprestó el rifle.

* * *

Eran voces juveniles, frescas, alegres. Colnart y Vynia se sintieron completamente desconcertados.

Un grupo de jóvenes de ambos sexos apareció ante la pareja. Al ver a Colnart y a Vynia, los muchachos se detuvieron en seco.

—Hola —saludó uno de los del grupo.

—¿Qué tal? —dijo Colnart, lleno de estupefacción. Todos los componentes de la pandilla eran muy jóvenes, de edades comprendidas entre los dieciséis y los veinte años y elegantemente vestidos con ropajes de vivos colores y distintas formas, según el gusto particular de cada uno de ellos. Pero en modo alguno daban la sensación de pertenecer a una sociedad salvaje.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó uno de los chicos.

—Yo me llamo Ed Colnart. Ella es la doctora Vynia de Vraay.

—Soy Rael —dijo el joven. Presentó a sus amigos y añadió—: Ustedes son forasteros, presumo.

—En efecto —sonrió Vynia—. Procedemos del siglo treinta y seis.

—¡Unos viajeros del tiempo! —exclamó una chica llamada Gerys.

—Así es —confirmó Colnart.

—Resulta curioso hablar con unas personas que vivieron hace seiscientos años —dijo Rael—. ¿Por qué han venido a nuestra época?

—Entre nosotros ya no se hacen viajes temporales. No se han

prohibido, pero se consideran innecesarios —declaró Gerys.

—Estamos tratando de averiguar una cosa muy interesante para nosotros —manifestó Colnart.

—Entre los siglos treinta y seis y el vuestro se produjo una gran catástrofe, que condujo a la Humanidad a una nueva época de barbarie —agregó Vynia.

Una expresión de perplejidad apareció en todos los rostros de los muchachos.

—¿Una gran catástrofe? —repitió Rael.

—Ésas son nuestras noticias —contestó Colnart.

Uno de los chicos se adelantó.

—Perdón —dijo—. Soy Khebaut y estudio Historia. Pronto me graduaré y seré profesor en mi Universidad. Puedo asegurarles que, después del Primer Cataclismo, el de la nube de gas que exterminó casi totalmente a la Humanidad, no se ha producido una nueva catástrofe que nos haya conducido a la barbarie.

* * *

En comparación con la ciudad que ellos conocían, la capital, en el siglo XLII, era de un futurismo realmente fantástico.

La civilización había dado un salto gigantesco en sólo seis siglos, que para Colnart eran veintiuno. No obstante, tanto él como Vynia se sentían anonadados por lo que estaban viendo.

Khebaut y Rael se habían constituido en sus guías y les enseñaban lo más notable de la ciudad.

—Pero, entonces, ¿de dónde se sacaron esos dos miserables lo de la catástrofe? —dijo Colnart entre dientes, mientras contemplaban desde una elevadísima torre el fascinante espectáculo de la urbe tendida a sus pies.

—No lo sé —contestó Vynia—, si bien se me está ocurriendo una hipótesis. Sin embargo, antes de aventurarme a expresarla, quiero que Zah la confirme. Conviene tener en cuenta que él es un cronólogo de gran reputación y muy experimentado en su profesión.

La visita a la ciudad, de la que sólo vieron lo más sobresaliente, duró varias horas, al cabo de las cuales Colnart y Vynia decidieron regresar a su cronomóvil. Tras despedirse de sus amigos de seiscientos años en el futuro, iniciaron el regreso al siglo treinta y

seis.

CAPÍTULO XII

Hanmos-G-6 era uno de los vigilantes de la Rectoría Temporal.

Hanmos recordaba muy bien el ataque de que había sido objeto su compañero meses atrás. Por dicha razón tenía los ojos abiertos en todo momento.

De cuando en cuando, echaba un vistazo al control de cronomóviles, vigilando con atención los que estaban en funcionamiento. Súbitamente, observó una alteración en una de las pantallas.

Alguien llegaba de un viaje en el tiempo. Hanmos consultó el programador de viajes temporales y halló que no había ninguna llegada anunciada para aquel momento.

Todos los cronomóviles en funcionamiento, sin embargo, lo estaban con las debidas autorizaciones. ¿De dónde venía, pues, aquella máquina del tiempo?

Curioso e intrigado, Hanmos se levantó de su puesto, cruzó la antecámara y abrió la puerta de la gran sala de llegada de cronomóviles.

El ojo experto de Hanmos captó de inmediato la imagen de una nueva máquina del tiempo que no estaba allí en su última inspección. Al fondo divisó a dos personas que corrían hacia una puertecita lateral, por la que desaparecieron instantes después.

Hanmos creyó reconocer a la mujer. El hombre no le pareció asimismo desconocido, cosa que le llenó de perplejidad.

Algo había cierto en aquel turbio asunto: la llegada de la nave, no programada en un viaje cronoscópico. Las consecuencias de aquel acto, sin embargo, no le competían a él.

Cerró la puerta y se acercó al panel de control, en donde había un visófono. Marcó un número y. dijo:

—Deseo hablar con el Rector Temporal. Soy el observador de turno. Es muy urgente.

* * *

Miwer y Dalnant se sentían altamente preocupados.

—Así, pues, Colnart no murió —dijo el primero.

—Eso parece, Honorable —contestó el Rector Temporal.

—Déjate de honorable y otras zarandajas —rezongó Miwer—. Ahora estamos solos, ¿comprendes?

—Sí, Miwer.

—Tenemos que hacer algo, Dalnant, y con toda urgencia. No podemos consentir que este malhadado asunto salga adelante.

—Mientras Colnart siga en esta época, nosotros estaremos en peligro. Debemos eliminarlo.

—Eso mismo pienso yo —manifestó Dalnant.

Los dos hombres se miraron fijamente.

—Dalnant, ¿te das cuenta de lo que vamos a hacer? —preguntó Miwer.

—Un asesinato —definió fríamente el Rector Temporal.

Dalnant se estremeció.

—En esta época, no se cometen tales acciones —dijo.

Miwer empezó a pasearse por la estancia.

—Tampoco podemos encomendárselo a otro, como se hacía antiguamente —manifestó—. Aquel a quien se lo propusiéramos, lo rechazaría de inmediato. No habrá otro Grevl.

—Es cierto —admitió Dalnant.

—Por tanto, no queda otra solución que hacerlo nosotros mismos.

—Sí, pero ¿cómo?

—¿No se te ocurre ninguna idea, Dalnant?

El Rector Temporal hizo un signo negativo.

—Enviamos una expedición a destruir la capital de hace mil quinientos años, alegando consecuencias temporales para la época actual. Tenían orden de exterminar todo signo de vida, humana o animal… pero creían que era una misión beneficiosa para nosotros,

es decir para todos. Ahora no se puede decir a un hombre: «Oye, tienes que liquidar a Edwin Colnart». Se negaría, Miwer, tú lo sabes muy bien. Sradon y Touckf no querrían en absoluto repetir la experiencia.

—Es cierto. Por eso digo que debemos hacerlo nosotros mismos.

—¿Tienes algún plan?

Miwer sonrió diabólicamente.

—El mejor, Dalnant —contestó.

—¿Cuál es?

—Colnart permaneció hibernado durante siglos. Luego volvió a empezar la historia y despertó al cabo de cuatro años y medio de su hibernación, ¿no es cierto?

—Según los informes que tenemos, así es.

—Bien, en ese caso, vayamos a la sala de hibernación. Allí podremos liquidarle sin que nadie nos pida cuentas.

Dalnant sonrió.

—Sí, es lo mejor, en efecto —confirmó—. Pero tenemos que llegar en algún momento de los meses previos a su segundo despertar. No podemos ir antes del Primer Cataclismo, porque no conocemos muy bien las costumbres de aquella época, al menos, lo suficiente para desenvolvernos sin despertar sospechas; ni tampoco podemos ir inmediatamente después, ya que correríamos el riesgo de hallar la atmósfera todavía contaminada.

—Es cierto —dijo Miwer—. Cuando él despertó por segunda vez, la atmósfera estaba limpia, de modo que no correremos peligro. ¿Quieres empezar a hacer los cálculos, para que todo salga bien y no haya fallos?

—Con mucho gusto —accedió Dalnant.

* * *

—De modo que no se produjo ninguna catástrofe —dijo Zahgren.

—Hemos hablado con los habitantes del siglo cuarenta y dos —declaró Colnart—. Uno de ellos está a punto de licenciarse en Historia. Aseguró que, fuera del Primer Cataclismo, no se produjo ninguna gran catástrofe que condujera a la barbarie a los hombres.

—La capital del siglo cuarenta y dos no tendría el aspecto que

hoy tiene si se hubiese producido esa supuesta catástrofe alegada por el Presidente y el Rector Temporal —añadió Vynia.

—¡Pero nosotros vimos a los salvajes! ¡Nos atacaron! ¿Cómo es posible que haya sucedido una cosa semejante?

Zahgren se sentía muy preocupado.

—A mí también me extraña notablemente —confesó—. La verdad es que no lo sabemos todo acerca de los viajes temporales. Puede que en aquel viaje camináramos por una línea del tiempo paralela a la que debíamos seguir en circunstancias normales, es decir hora a hora, día a día y año a año, en lugar de recorrer varios siglos en pocos minutos. En ese caso, habríamos desembocado en un mundo paralelo en donde sí hubiera tenido lugar la catástrofe anunciada.

—¿Crees que eso es posible? —preguntó Vynia.

—De momento, sólo es una hipótesis —respondió Zahgren con poca seguridad en su voz.

—Bueno, a mí me han hibernado dos veces y he despertado de dos maneras distintas —dijo Colnart.

—Y si ahora volviéramos al año dos mil treinta y nueve, te veríamos de nuevo en la sala de hibernación. Esto se repetiría tantas veces como viajes hiciéramos a aquella época… como igual pasaría con el que quisiera estudiar mi infancia, por ejemplo —explicó Zahgren.

—O sea que ahora estoy aquí y también estoy dormido en el siglo XXL

—Sí —confirmó Zahgren.

—Pero ¿cómo puede ser eso? Yo estoy aquí, no en la sala de hibernación…

—Si ahora yo decidiera viajar a aquella época, dejaría de verte en ésta y te encontraría allí, ¿lo comprendes?

—Pero Marta y Vynia seguirían viéndome aquí.

—Naturalmente, porque ellas continúan en tu misma época.

Colnart suspiró.

—Demasiado lío para mí —dijo.

—Es lo que se llama una paradoja temporal. Estás aquí y estás allí, ambas cosas a la vez. Pero tú no te podrías ver a ti mismo en la infancia, aunque sí podrías ver a otro cualquiera, ¿lo entiendes?

—Un poco, pero esto no acaba de aclarar lo principal.

—¿Qué es lo principal? —preguntó Vynia.

—El ataque de los salvajes. Tú y yo lo vimos y lo soportamos, ¿no?

—En efecto —admitió la joven.

Hubo un momento de silencio. Vynia añadió:

—Además, trajimos una prueba de que en el siglo cuarenta y dos habrá salvajes… indios o pieles rojas, como quiera llamárseles.

Los ojos de Colnart fueron hacia la lanza que permanecía apoyada en un rincón de la estancia.

—Ésa es la prueba, en efecto —concordó.

De pronto, se puso en pie y cruzó la sala. Agarró la lanza y la blandió unos momentos.

—¿Va a ser esta la prueba de lo que aseguran Miwer y Dalnant? —exclamó.

Los demás no dijeron nada. Le contemplaban en silencio.

De pronto, Colnart notó algo extraño en la lanza, que no había advertido anteriormente, debido a que no había tenido tiempo ni ocasión de examinarla con gran atención.

—Esta lanza… —murmuró.

Empezó a examinarla del hierro a la contera del extremo inferior. Un agudo grito se escapó repentinamente de sus labios.

—¿Qué sucede? —exclamó Vynia, alarmada…

—Ya sé por qué no encontramos huellas de sangre en el lugar del ataque —dijo Colnart.

—Explícate, Ed, por favor —pidió Zahgren.

—No hubo sangre, porque no hubo muertos.

—¡Pero eso es imposible! ¡Yo vi muerto a uno de los salvajes! —exclamó Vynia.

—¿Estaba muerto, o lo fingía?

—Tenía la flecha clavada en la espalda, Ed.

—Era una simulación, Vynia. —Colnart sonrió—: Una hábil simulación —puntualizó.

Marta estaba con la boca abierta.

—Pero, bueno, ¿cómo lo sabes? —preguntó.

—Lo dice la lanza —contestó Colnart sonriendo.

—¿Quieres explicarte de una vez? —preguntó Zahgren, impaciente.

Colnart le arrojó la lanza, que el otro atrapó al vuelo.

—Lee la inscripción que hay hacia él final —recomendó el joven.

Zahgren lo hizo así. La lanza pasó casi en el acto a manos de Vynia.

—¡Cielos! —exclamó la doctora—. Parece increíble…

Colnart sonrió.

—Fue una singular coincidencia —dijo—. Pero pienso confirmarlo con Khebaut. Él tiene que saber algo al respecto.

—Entonces, tú crees que se trataba de…

—De una reconstrucción histórica, seguramente destinada a algún programa cultural de la televisión pública o bien de una Universidad. Pero en modo alguno sucedió aquello porque los hombres hubieran caído una vez más en la barbarie.

Colnart sonrió mientras recobraba la lanza. En el astil, hacia el final, se leía una inscripción:

Manufactura de armas históricas.
Lanza de indio sioux, mod. Año 1836
Fabricada en 4127.

CAPÍTULO XIII

—Sí, en efecto —confirmó Khebaut—, se dan programas históricos con gran frecuencia.

—Y los reproducen «a lo vivo» —dijo Colnart,

—Los directores de los programas educativos estiman que es lo más conveniente.

—¿Por qué no los graban directamente de los sucesos acaecidos? —preguntó Vynia—. Eso daría una interpretación de la Historia mucho más exacta, ¿no crees?

—Hace muchos años ya que se prohibió una cosa semejante —respondió Khebaut—. Se corre el riesgo de producir acontecimientos que alteren fundamentalmente las edades posteriores. Por otra parte, los estudios realizados permiten una interpretación de la Historia prácticamente exacta.

—Está bien —dijo Colnart—. Khebaut, ¿qué nos dicen tus conocimientos acerca del siglo treinta y seis?

El muchacho sonrió.

—Fue una época bastante retrógrada, en el aspecto político —manifestó.

Colnart y Vynia intercambiaron una mirada.

—Eso confirma mis sospechas —dijo el primero.

—Con decir que los principales cargos eran elegidos por medio de calculadoras, es suficiente para darse una idea de la clase de dirigentes que había entonces —añadió Khebaut.

—¿Cómo se eligen a los altos cargos de tu época?

—preguntó Vynia.

—Nosotros, en las épocas señaladas para ello, elegimos a los que

nos parecen más adecuados para su labor dirigente —contestó el estudiante con orgullo.

—Ahora lo comprendo mejor —murmuró la joven.

—Yo lo he comprendido del todo —dijo Colnart—. Pero en el siglo treinta y seis el dinero no existe, no existen las cosas materiales que motivaban la ambición de los humanos. ¿Por qué, pues, esos dos sujetos no se resignan a abandonar sus puestos?

—El ansia de poder y el orgullo de ser más que los otros, impulsa a veces mucho más que los bienes materiales —dijo Khebaut sentenciosamente.

—Sí, es verdad —convino Colnart—. Vynia, tenemos que volver a nuestra época.

La doctora se puso en pie.

—Gracias por tus explicaciones —dijo, a la vez que le tendía la mano.

—Ya no volveremos a vernos más, Khebaut —se despidió Colnart.

Khebaut se echó a reír.

—Tal vez vea a alguno de vuestros descendientes —contestó jovialmente.

* * *

—La gran catástrofe es que yo he llegado a descubrir el pastel, como se decía en mi época —manifestó Colnart, ya de regreso al siglo XXXVI.

Zahgren parpadeó.

—Eso significaría…

—Exactamente lo que piensas, Zah —confirmó Vynia.

—Miwer y Dalnant, secundados por otros, como Sradon y Touckf, todo hay que decirlo, manipulan las computadoras cada vez que se debe elegir un cargo. O resultan ellos reelegidos o lo son alguno de los de su pandilla —dijo Colnart.

—A nadie se nos había ocurrido una posibilidad semejante —manifestó Zahgren.

—Tenía que aparecer yo en este siglo, para que, efectivamente, se produjese la catástrofe de descubrir la hipocresía de vuestro presidente y sus compinches.

—Lo que hemos descubierto es muy grave —dijo Zahgren pensativamente—. Tendríamos que probarlo.

—¿Qué sucedería entonces? —preguntó Colnart.

—No lo sé; no hay antecedentes de un hecho semejante.

—¿No pediría la gente una nueva elección, legal, justa e imparcial?

—Es probable, pero, insisto, deberíamos probar nuestras acusaciones.

—Hay un medio —terció Vynia.

—¿Cuál? —quiso saber Zahgren.

—Las computadoras de elección de cargos dirigentes.

—¿Se podría probar su manipulación fraudulenta?

Vynia sonrió.

—No lo hubiera dicho si no lo considerase posible —contestó.

—Se necesita un experto —dijo Zahgren.

—Lo tengo.

—¿Quién es?

—Mi padre, el doctor de Vraay. Es el encargado de las computadoras que dirigen las necesidades de servicios de alimentación.

—Vaya, hasta ahora no me habías dicho que tuvieses padre —exclamó Colnart.

—Y madre también —sonrió Vynia—. ¿O es que te crees que los niños nacen en tubos de laboratorio? Se puede hacer, claro, pero está prohibido.

—Cosa de la que me alegro infinito —rió Colnart—. Está bien, ¿cuándo vamos a ver al doctor de Vraay?

—Ahora mismo —decidió la joven.

* * *

Arnt de Vraay se quedó atónito cuando Vynia le habló de la manipulación fraudulenta en las computadoras de elección de cargos dirigentes.

—¡Quién lo dijera! —exclamó—. Aunque, bien mirado, Miwer y Dalnant, por no citar a otros, llevan demasiadas veces resultando reelegidos.

—¿Cada cuánto tiempo se produce una elección? —preguntó

Colnart.

—Tres años.

—Miwer lleva ya cinco reelecciones —dijo Vynia.

—Usted puede encontrar esas pruebas de la manipulación fraudulenta, ¿no es así, doctor de Vraay?

—Ciertamente, aunque necesitaría permiso…

—¿Sabe usted dónde están esas computadoras? —le interrumpió Colnart.

—Por supuesto.

—Entonces, no se preocupe de más. Venga con nosotros; yo le conseguiré ese permiso.

—Con mucho gusto.

El doctor de Vraay se volvió hacia su hija en el momento de salir de casa.

—Vynia, este joven, ¿qué relación tiene contigo?

—Pues…

—Voy a ser su esposo, doctor —declaró Colnart resueltamente.

—Sí, papá —confirmó Vynia.

El doctor de Vraay elevó sus brazos al cielo.

—¡Esta juventud! —se lamentó.

Colnart se echó a reír.

—Doctor, los padres no han cambiado nada en quince siglos —dijo alegremente—. Dice usted lo mismo que decía mi padre cuando yo tenía veinte años. Siempre se quejaba de los jóvenes.

—Como tú te quejarás cuando tengas un hijo de veinte años —exclamó Vynia, cogiéndose fuertemente a su brazo.

Minutos más tarde, Colnart, Vynia y el doctor de Vraay llegaban a un edificio de forma casi cúbica, en cuyo frontis había un gran letrero que indicaba era el lugar donde se elegían por medios electrónicos a los cargos dirigentes.

—Bien, pero ¿cómo lo hacen? —preguntó Colnart, en el momento de acometer la escalinata de acceso.

—Las computadoras tienen archivados todos los nombres de las personas en edad y con condiciones de ser elegidas para cualquier cargo. Ellas mismas seleccionan los individuos adecuados cuando se les formula la pertinente consulta.

—Y el pueblo acata sin más la decisión de las máquinas.

—Siempre se ha hecho así —respondió el padre de Vynia.

—Siempre, no —gruñó Colnart—. En mi época, elegíamos nosotros a nuestros dirigentes. Sólo se usaban las máquinas para contar los votos, pero nunca para designar a un dirigente…

—Eh, ¿adonde van? —preguntó de repente un individuo, a la vez que les cerraba el paso.

—Queremos ver la sala de computadoras electivas de dirigentes —contestó Colnart.

El guardia hizo un signo negativo.

—No —dijo—. Sólo se puede entrar con un permiso escrito del Honorable Presidente.

—Tengo ese permiso —aseguró Colnart,

—A ver, enséñemelo.

—Mire, aquí lo tengo.

El guardia cayó en la trampa y volvió la vista hacia la mano izquierda del joven. Colnart aprovechó para sacudirle un tremendo derechazo en la mandíbula que lo dejó sin sentido instantáneamente.

* * *

Transcurrieron veinte minutos.

Dsarlos-E-4 despertó sintiendo un violento dolor en la mandíbula. Durante algunos momentos, todo dio vueltas a su alrededor.

Luego se sentó en el suelo. Empezó a recordar lo ocurrido.

Tres personas habían intentado entrar en la sala de computadoras electivas. Él había querido impedirlo, cumpliendo su deber, pero le habían golpeado…

Dsarlos se puso en pie de un salto. Corrió hacia la sala, pero la puerta estaba cerrada por dentro.

El guardia conocía sus obligaciones. Regresó a la antecámara de vigilancia y conectó el visófono.

—Póngame con el Honorable Presidente —pidió con voz alterada—. Es muy urgente…

* * *

Minutos después, Miwer hacía una llamada.

—Dalnant.

La cara del Rector Temporal apareció de inmediato en la pantalla.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—¿Cómo va nuestro asunto?

—Lo tendré listo dentro de media hora.

—¿Seguro?

—Absolutamente. No he podido hacerlo antes por no despertar demasiadas sospechas…

—Ahórrate disculpas. Vamos ya para el siglo veintiuno.

Dalnant adivinó, por la expresión de su amigo, que ocurría algo grave,

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó.

—Tres personas han atacado al vigilante de las computadoras electivas. El hombre ha creído reconocer al doctor de Vraay.

—¡Es el supervisor de las computadoras de alimentos! —exclamó Dalnant, alarmado.

—Justamente, y una autoridad en la materia. ¿Te imaginas lo que están haciendo allí?

—Miwer, hace años que te dije que los guardias debían llevar armas —se lamentó Dalnant—. Si me hubieras hecho caso.

—Ahora no es el momento para quejas —rezongó el presidente—. Tenemos que actuar y cuanto antes lo hagamos, será mejor, ¿comprendes?

—Sí. Reúnete conmigo en la sala de cronomóviles.

—Ahora mismo voy para allá —aseguró Miwer.

Cortó la comunicación y se dijo que debería llegar a tiempo o todo el tinglado levantado tan laboriosamente durante largos años se vendría abajo estrepitosamente.

A decir verdad, no se podía afirmar que ni él ni sus amigos hubieran obtenido grandes beneficios materiales de sus cargos. Pero ¿y seguir siendo el número uno en el siglo XXXVI?, ¿no valía la pena hacer un poco de trampa en las computadoras electivas?

Eso había sido hasta entonces.

Pero ahora iba a cometer un asesinato.

Vaciló un momento. Tras unos segundos de duda, acabó por encogerse de hombros.

—¡Bah! —dijo—. Sólo se trata de un hombre del siglo veintiuno.

* * *

El doctor de Vraay terminó la lectura de la cinta que acababa de salir de la máquina y se volvió hacia los dos jóvenes.

—Sí —dijo simplemente.

—Luego ha habido trampa —exclamó Vynia con vehemencia en el acento.

—No cabe la menor duda. Hubo una vez, indudablemente, en que Miwer fue elegido por su capacidad, pero las máquinas no pueden ver el futuro y son incapaces de prever las reacciones de un hombre una vez ha sido elevado al poder.

—Por su historial clínico, tal vez…

—Es completamente normal, pero aun así, los cálculos predictivos pueden fallar, como, efectivamente, fallaron en el caso de Miwer —aseguró el doctor.

—Bien, pero ¿cómo hicieron la trampa?

—Muy sencillo. Las computadoras, usted lo sabe, funcionan con cintas perforadas en las que se han procesado previamente todos los datos de cuantos pueden intervenir en tal o cual suceso, en este caso, una elección de cargos dirigentes. Naturalmente, queda una copia de esa cinta…

—Y Miwer, aprovechándose de su cargo, la insertaba en la máquina en la víspera de cada elección.

—Justamente.

—Pero, en tal caso, tiene que haber una cinta con los nombres de los últimos elegidos auténticamente, sin trampa alguna —exclamó Colnart.

—La hay —confirmó el doctor.

—¿Conoces el nombre del presidente elegido? —preguntó Vynia.

—Sí—

Hubo un momento de silencio. Vynia miraba fijamente a su padre.

—No… no me digas que el presidente debes ser tú —exclamó.

El doctor de Vraay se echó a reír.

—Por supuesto que no —dijo—. La máquina ha seleccionado a un candidato que me parece muy apropiado, pese a su juventud.

—¿Lo conocemos nosotros, papá?
—Sí, Vynia.
—¡Zahgren! —adivinó Colnart.
—Exactamente —confirmó el doctor de Vraay.

CAPÍTULO XIV

—Buenos días, Zahgren —saludó Ervis-U-5, vigilante de turno en la Rectoría Temporal—. Todo en orden.

—Gracias, Ervis, buenos días —contestó Zahgren—. ¿Algún cronomóvil en funcionamiento?

—Tres: el E-2, dirigido a la Prehistoria del planeta; el N-5, viajando por el año 1600 y el R-9, en el siglo veintiuno.

Zahgren enarcó las cejas.

Le chocaba aquella fecha.

—¿Siglo veintiuno? —repitió.

—En efecto —corroboró Ervis.

Zahgren frunció el ceño.

—Nombre de los ocupantes —exigió, presa de una súbita sospecha.

Ervis vaciló.

—No sé si debo…

—Recuerde mi cargo —dijo Zahgren severamente—. Le ordeno que me conteste, Ervis.

—Sí, señor. Los ocupantes del cronomóvil son el Presidente y el Rector Temporal.

Zahgren contuvo una exclamación de ira.

—¡Apuesto a que han ido a la primera mitad de ese siglo! —exclamó, furioso.

Ervis consultó la hoja de ruta temporal.

—Exactamente, al año dos mil cuarenta y tres —puntualizó.

—Debí figurármelo —dijo Zahgren—. Esos dos granujas piensan cometer un crimen.

—¡Un crimen! —se horrorizó Ervis.

—Un asesinato, para ser más exactos. ¿Cuánto tiempo hace que partieron?

—Quince, veinte minutos, todo lo más, señor —informó Ervis.

Zahgren se pasó la mano por la cara.

—Confío en llegar a tiempo; de lo contrario…

Y se precipitó sobre el fonovisor.

* * *

—Bien —dijo Colnart—, ¿qué procedimientos se siguen en esta época para los matrimonios, Vynia?

La joven se ruborizó deliciosamente.

—Eso queda a la voluntad de los contrayentes —contestó.

—A mí lo mismo me da —dijo él, abrazándola estrechamente—. Lo único que quiero es que la boda se celebre cuanto antes.

—¿Olvidas que tenemos todavía un problema pendiente? —le recordó Vynia.

—Bueno, que lo resuelva Zahgren. ¿No es el presidente legítimo?

—Por cierto, él podría casarnos —sugirió la joven—. Como presidente, está autorizado para ello… y representaría un gran honor para nosotros.

—¡Oh, la vanidad de las mujeres! —rió Colnart, feliz—. No han cambiado nada en quince siglos.

—¿Y por qué habríamos de cambiar? —exclamó ella, riendo también.

—Lo único que siento, pero no mucho, no creas, es que no se hayan podido cumplir tus propósitos. Marta se casó con Zahgren… aunque también resultará interesante comprobar el resultado de nuestro matrimonio.

—El niño de Zah y Marta será enteramente normal. No veo por qué no ha de suceder igual en nuestro caso.

—Eso espero yo —dijo Colnart, besándola en la punta de la nariz, y no pudo seguir adelante, porque sonó el zumbido de llamada del visófono.

Vynia se separó de él. Dio el contacto y la cara de Zahgren apareció inmediatamente en la pantalla.

—¡Hola, Vynia! ¿Está Ed contigo?

—Sí. ¿Qué te pasa? —exclamó la joven, preocupada por la expresión de la cara de Zahgren—. ¿Sucede algo grave?

—Gravísimo. Miwer y Dalnant se han trasladado al año dos mil cuarenta y tres.

—¡Rayos! —exclamó Colnart—. ¿Qué pretenden esos tipos?

—¿Es que no te lo imaginas, Ed?

Colnart sintió que le flaqueaban las piernas.

—Van a… —pero no tenía fuerzas para seguir adelante.

—Sí, justamente lo que piensas —confirmó Zahgren.

—¿Se puede hacer algo? —preguntó Vynia.

—Tiene que hacerlo el propio Ed —declaró Zahgren.

—¿Yo? ¿Volver a empezar la historia?

—No hay otro remedio, Ed.

—¿Cuánto tiempo hace que partieron?

—Casi media hora.

—Entonces, ya están a punto de llegar —se alarmó Colnart.

—Y acaso hayan matado ya a Ed —temió Vynia.

—En ese caso, no lo tendrías a tu lado —dijo Zahgren—. Ed, ven para acá inmediatamente o será demasiado tarde.

—Tendré que ir yo con él —dijo Vynia—. Ed no sabe manejar los cronomóviles.

—De acuerdo —accedió Zahgren—, pero has de tener en cuenta una cosa: no puedes intervenir en absoluto, pase lo que pase, ¿estamos?

—Y yo estaré hibernado, así que, ¿cómo diablos podré defenderme? —se lamentó Colnart.

Minutos más tarde, llegaban a la Rectoría Temporal.

—Tengo ya programado el cronomóvil —dijo Zahgren—. Vynia, tienes que llevar a Ed al momento en que fue sentenciado a hibernación.

—¿Y he de repetir la historia una vez más? —se lamentó el joven.

—Sí. Ella irá a buscarte donde te encontró la última vez —contestó Zahgren.

—Un momento —pidió Colnart— Por favor, ahórrame la pelea en el bar. Haz que Vynia me deje justo antes de la hibernación.

—No puede ser —denegó Zahgren—, Perdería demasiado

tiempo en programar de nuevo el cronomóvil. Lo siento, pero la historia debe repetirse por tercera vez.

—Ya sospechaba yo que me iba a pasar la vida pegando tortazos a Marty Tunn —se lamentó Colnart amargamente—. Luego sucederá algo que me obligará a volver allí de nuevo y…

—No, ya no se repetirá más la historia, porque haré algo que lo impida para siempre. Vamos, daos prisa; el cronomóvil espera.

Colnart y Vynia entraron en el aparato. Antes de cerrar la puerta, Colnart dijo:

—¡Un momento, Zah! Cuando yo golpeé a Tunn por primera vez, no estaba Vynia conmigo. Cuando lo mate la tercera vez, si ella va a esperarme después de despertar de la hibernación, ¿qué chica estará conmigo?

—Alguna encontrarás, no te preocupes —sonrió Zahgren—. El suceso no la afectará a ella gravemente; sólo influirá de un modo decisivo en tu línea temporal y en la de Tunn.

—Que yo cortaré de un puñetazo.

Zahgren se encogió de hombros.

—Estaba escrito que Marty Tunn tenía que acabar desnucado contra un escalón —respondió fríamente.

* * *

Mac, el viejo ladrón, se acercó silbando al edificio donde estaba la sala de hibernación.

Lucía un sol radiante y la temperatura era sumamente agradable. De pronto, Mac divisó un extraño cajón de vidrio, parado en mitad de la calle.

El ladrón se detuvo unos instantes,

—¿Qué me dijo Ed antes de dormirse? —murmuró.

Reflexionó unos momentos.

—Un tipo extraño Ed Colnart —habló consigo mismo—. Adivinó lo que iba a suceder y gracias a él estoy vivo… —Mac tosió y continuó con su soliloquio—. Aunque me parece que no por mucho tiempo.

Siguió andando, con el rifle al hombro.

—¿No me dijo algo de que unos tipos tratarían de liquidarlo antes de despertarse?

El edificio de hibernación apareció de pronto ante sus ojos, al pie de la montaña.

—Es curioso, no consigo recordar bien todo lo que me dijo… pero sí sé que dijo que debía vigilar bien hacia estas fechas… todos los días… ¿Le amenazará algún peligro?

Mac se acercó al edificio. De pronto, se puso rígido.

La puerta estaba abierta. Recordaba muy bien haberla dejado cerrada la víspera.

Descolgó el rifle y avanzó paso a paso. Llegó a la puerta y oyó voces extrañas.

—¿Falta mucho?

—No, un par de minutos, tan sólo.

—Está muy difícil, Dalnant,

—Un poco, sobre todo, si tenemos en cuenta que no conocemos bien estos artefactos.

—Si hubiéramos traído explosivos…

—No teníamos tiempo de fabricarlos. Date prisa, quiero volver en seguida a mi época.

—No te preocupes; el cronomóvil está programado para regreso automático, apenas dé el contacto.

Mac se asomó a la puerta.

Había dos hombres manipulando en uno de los sarcófagos de hibernación. Precisamente, en el ocupado por su amigo Ed.

El viejo ladrón alzó el rifle. Ya sabía lo que debía hacer. Nunca había matado a un hombre, pero la vida de Ed era antes que todo.

Mac apretó el gatillo. Miwer giró sobre sí mismo y se desplomó al suelo, con el cráneo atravesado por el proyectil.

La detonación resonó estruendosamente bajo las bóvedas. Dalnant volvió la cabeza.

Un segundo proyectil llegó en aquel momento y le atravesó el corazón. Abrió los brazos y se desplomó fulminado.

—Menos mal que he llegado a tiempo —suspiró Mac.

Dejó el rifle apoyado en uno de los sarcófagos y se acercó a los caídos. Agarró a Dalnant por los tobillos y lo arrastró fuera del edificio.

Luego hizo lo propio con Miwer. En medio de todo, Mac era un humorista y, como Miwer pesaba poco, lo sentó en el sillón del cronomóvil.

El cuerpo de Miwer se venció hacia adelante y su frente presionó el botón de arranque. Mac salió afuera y cerró la puerta.

El cronomóvil desapareció de su vista a los pocos segundos.

* * *

—¡Ahí vuelven! —exclamó Vynia, al ver que el cronomóvil empezaba a materializarse.

Momentos después, la máquina del tiempo era completamente visible. Vynia y Zahgren se sintieron desconcertados al verla vacía.

—¿Se habrán quedado allí? —exclamó la joven, presa de los más negros presentimientos.

Desconcertado, Dalnant se acercó al aparato. Abrió la puerta y contempló su interior con mirada escrutadora.

De pronto, descubrió algo que llamó su atención.

Eran dos montoncitos de una sustancia grisácea y pulverulenta, uno de los cuales estaba en el sillón de mando. El otro se hallaba al pie.

—Vynia —llamó.

La doctora acudió en el acto.

—Dime, Zah.

—Mira. Ahí tienes los restos de Miwer y Dalnant.

—¿Esos montoncitos de polvo? —se asombró ella.

—Sí.

Zahgren recogió un objeto metálico que había sobre el sillón. Luego se inclinó y tomó otro que yacía sobre el suelo del aparato.

—Dos balas de fusil —dijo, haciéndolas saltar en la palma de la mano.

—Pero… ¿es posible que ese poco de polvo sean los restos de dos personas? —exclamó Vynia, pasmada—. Zah, sólo han tardado quince o veinte minutos en el viaje…

Zahgren se echó a reír.

—¿Quince minutos? Di mejor quince siglos, Vynia —corrigió.

Ella le contempló con los ojos muy abiertos.

—Tienes razón, Zah —dijo—. Fueron muertos hace mil quinientos años y, al carecer de vida sus cuerpos, se inició un proceso de descomposición de las materias orgánicas, que se realizó y culminó en el breve espacio de un cuarto de hora,

—Exactamente es así como sucedió —confirmó Zahgren sonriendo—. Y ahora, prepárate para ir en busca de Ed.

Vynia puso una mano encima de su brazo.

—Zah, Ed está temiendo repetir una vez más la historia de sus viajes —dijo.

—No te preocupes; el viajero durmiente dejará de serlo apenas lo hayas traído a nuestra época —aseguró Zahgren enfáticamente.

* * *

—Es curioso —dijo Mac—. Juraría que he soñado que te había despertado de la hibernación antes de ahora.

Colnart sonrió comprensivamente,

—Estabas influido por los consejos que te di en la celda y habrás soñado que me despertabas en otra ocasión anterior a ésta —contestó.

—Sí, es posible. Pero tenías razón; tuve que liquidar a aquellos tipos que querían matarte. ¿Cómo lo adivinaste?

Colnart movió la cabeza. Decidió emplear una mentira.

—Poseo el don de la clarividencia —dijo.

—Después de lo que ha pasado, no me extraña en absoluto —declaró el viejo ladrón entre continuos accesos de tos.

Colnart le miró con simpatía. Le hubiera gustado llevárselo consigo al siglo xxxvi… pero Mac había muerto ya una vez. Era una línea temporal ya trazada y que no podía desviarse en absoluto de su camino.

Luego, en silencio, contempló el panorama. Pasarían algunos meses antes de que volviera Vynia a buscarle.

—Para mí, serán unos meses; para ella serán sólo minutos —musitó.

* * *

—Espero dejar de una vez ser el viajero durmiente —refunfuñó Colnart, apenas se vio de nuevo en el siglo xxxvi.

—No te preocupes —sonrió Zahgren—. Ya he tomado las medidas necesarias. Para eso soy el actual Presidente.

—Es cierto —sonrió el joven—. Y ¿en qué consisten esas medidas?

—Simplemente, prohibición absoluta de toda clase de viajes en el tiempo.

—Estupendo. ¡Con las ganas que tengo yo de vivir tranquilo, después de mil quinientos años de hibernación!

—Sí, ya no habrá más viajes a través de las edades. Y en cuanto se haya hecho efectiva esa disposición, dimitiré.

—¿Cómo? —exclamó Vynia, asombrada.

—Ya lo has oído. No quiero ser un presidente elegido por las computadoras. Éste es un sistema que debe ser abolido. Se hará ver a todos las trampas que pueden producirse y la gente, espero, sabrá comprenderlo.

—Con otros sistemas de elección también hay trampas —advirtió Colnart.

—Correremos ese riesgo —dijo Zahgren, impávido—. Pero la gente debe acostumbrarse a tomar sus decisiones.

—¿Cuándo presentarás la dimisión? —preguntó Colnart.

—Dentro de unos días, cuando tenga todos los asuntos resueltos.

—Menos mal —exclamó el joven—. Vynia, ¿estarás lista para casarte mañana mismo?

—¿Tan tarde? —se asombró la doctora.

—Mujer, sólo son veinticuatro horas…

—A mí me parecerán veinticuatro siglos —dijo Vynia con vehemencia.

Zahgren se acercó al visófono.

—Voy a llamar a tus padres, Vynia —anunció—. También a Marta. Ninguno de ellos me perdonaría no haberles avisado de la ceremonia.

Colnart abrazó a Vynia, mientras Zahgren hablaba a través del visófono.

—A ti, veinticuatro horas, te parecerán otros tantos siglos, pero ¿qué diré yo, que he dormido quince, sin contar esos viajes arriba y abajo, a través del tiempo?

—Olvídalo, querido —suspiró Vynia—. Yo te encontré una vez y a partir de ahora ya no serás más el viajero durmiente.

—Esta época no es mala para vivir —calificó él.

—Toda época es buena para vivir cuando se tiene fe en el futuro

—terminó ella, mirándole con expresión de infinita confianza en el porvenir de ambos.

FIN